

PUNTO
ROJO



POR TRES CENTAVOS, LA MUERTE

Burton Hare

11.5. 1977

BURTON HARE

**POR TRES CENTAVOS,
LA MUERTE**

Colección PUNTO ROJO n.º 103
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 2364 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - ABRIL 1964

© BURTON HARE - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

© AGUSTIN SERRA - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 594/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

99 — Tú la mataste.

CAPÍTULO PRIMERO

Pensé que debía negarme a aceptar el caso. No ofrecía ningún aliciente para mí. Nunca me han gustado los líos, domésticos y, por otra parte, mi cuenta corriente ofrecía un saldo satisfactorio, cosa que no había sucedido desde tiempo inmemorial.

La mujer insistió:

—Es muy importante para mí encontrar a Percy, míster Cameron...

—Lo creo.

Tendría unos treinta años modelados por mano de maestro. Su estatura pasaba de mediana, tenía unas piernas largas y estilizadas, como se estilan ahora, finos tobillos y pies pequeños enfundados en unos zapatitos que debían haber costado una pequeña fortuna. Todo lo que llevaba encima era de excelente calidad.

—¿Me ayudará usted, míster Cameron? —preguntó anhelante.

Era el momento de negarme. Levanté la mirada, abandonando la contemplación de sus piernas y deslizandole los ojos por el resto de su figura: el altivo busto, el pronunciado escote y la delicada cara. Detuve el escrutinio cuando llegué a los labios. Su boca merecía capítulo aparte.

Era el momento de decir que no. ¿Por qué mil diablos no lo hice?

—Está bien, *mistress* Sullivan, cuente conmigo.

Así empezó el lío. Siempre he sido extremadamente sensible a los encantos femeninos, y por lo menos un millón de veces me he prometido a mí mismo que eso debía terminar. Sin embargo, jamás he podido cumplir esa promesa tan saludable.

Vi cómo se iluminaba su bello rostro. Sus labios, húmedos y rojos, sonrieron por primera vez desde que había entrado en mi oficina y a mí me pareció que el sol brillaba con más intensidad. Estaba perdido.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Es imprescindible que encuentre a Percy cuanto antes o me veré en un apuro...

—Ya me ha contado esto —la interrumpí, deseando ganar el tiempo perdido en su contemplación, aunque, sinceramente, no puede considerarse perdido el tiempo que se emplea en admirar a una mujer bonita—. Dígame ahora desde cuándo falta de casa su esposo y los lugares donde usted cree que puede estar.

—Hace una semana que se marchó sin decir nada a nadie... Se llevó todo el dinero que teníamos en el Banco, hasta el último centavo. En cuanto a dónde puede estar, no tengo la menor idea. A menos, claro está, que esté en compañía de su amiga.

Me enderecé. La cosa cada vez me gustaba menos.

—¿Tiene una amiga? —pregunté.

—De alguna manera hay que llamar a esa sinvergüenza —masculló—. Sé que esa mujer le saca el dinero hace tiempo...

—¿Sabe quién es ella?

—Sí.

—Bien, deme el nombre y veré si por ese lado podemos sacar a su esposo de la madriguera.

—Se llama Nancy Silk y vive en Roscoe Place, cuatro, dos, uno.

Tomé nota de los datos y le hice algunas preguntas más que no me aclararon nada. Finalmente le pedí una fotografía de su marido y ella me la entregó sacándola del bolso. Dijo:

—Ya suponía que la necesitaría...

La miré. Era de medio cuerpo y representaba a un tipo de unos treinta y cinco años, rostro enérgico y ojos pequeños y crueles. Su boca sensual y abultada no me gustó. Si las cosas se ponían feas, Percy Sullivan podía resultar un mal enemigo.

Guardé la foto y seguí con mis preguntas.

—¿No ha encontrado nada en su casa que pueda hacerla suponer el rumbo que ha tomado?

—Nada, ya lo he mirado.

—No obstante, me gustaría echar un vistazo por su apartamento, especialmente en los efectos de su marido. Quizá haya algo que a usted le haya pasado inadvertido. ¿Cree que podré hacerlo?

—Naturalmente. ¿Cuándo quiere venir?

—Si no es molestia para usted, ahora mismo. Suponiendo, naturalmente, que usted vaya allí cuando salga de este despacho.

La vi vacilar, pero tomó una rápida decisión y asintió:

—Perfectamente, pero deberá ir usted solo. Tengo un compromiso dentro de quince minutos. Le daré la llave y puede considerarse usted en su casa. Ojalá tengo más suerte que yo...

Buscó otra vez en el bolso y sacó una llave, que me entregó. Luego volvió a bucear dentro y en su mano aparecieron unos billetes. Los contó. Levantó la cabeza y me miró fijo, mientras sus dedos barajaban nerviosamente el dinero.

—¿Le bastarán quinientos dólares para empezar, míster Cameron?

—Son suficientes —asentí.

Me lo entregó, aunque si entonces llego a imaginar lo que me esperaba, no hubiera aceptado el caso ni por cinco mil. Pero los encantos femeninos...

Guardé el dinero y me levanté al ver que ella se disponía a marchar.

—La mantendré informada de mis progresos, señora Sullivan.

Sonrió, agradecida. Estrechó su mano y una corriente cálida me recorrió de arriba abajo al contacto de su fina piel.

Cuando se cerró la puerta regresé detrás de la mesa, separé cien de los quinientos dólares y metí el resto en la pequeña caja fuerte.

No dejé de pensar ni un momento en el nuevo trabajo que me había caído encima. Al fin, sin la turbadora presencia de la mujer, comenzaba a reprocharme el haberlo aceptado. ¿Cuántos casos semejantes llevaba rechazados en los últimos días? Me había prometido a mí mismo no aceptar más que los encargos que ofrecieran cierto interés humano, publicitario o financiero.

Y la búsqueda de un marido demasiado alegre nunca ha tenido nada de eso.

Pero, como tantas otras, esta promesa también había fallado.

Abandoné el despacho, me encaminé en busca del coche que tenía aparcado a media milla de mi oficina, y con él inicié el caso que iba a proporcionarme más amarguras de cuántos había conocido hasta entonces. Y había conocido algunos muy desagradables...

El apartamento de los Sullivan era un nido excelente, cómodo, íntimo y agradable. Uno de esos lugares que cuestan un ojo de la cara y donde todo es del último modelo. Percy Sullivan debía tener

una fuente de ingresos más productiva que la mía.

Desdeñé el dormitorio, la cocina y otra habitación equipada con dos camas plegables. Lo que pensaba buscar solamente podía encontrarse, si es que estaba, en el estudio de Sullivan, instalado en una habitación que daba a la calle, alumbrada excesivamente por el gran ventanal.

Inicié una búsqueda metódica y cuidadosa. Todo tipo que piensa emprender un viaje o planea una escapada, por regla general, consulta guías de ferrocarriles, de avión o de barco. Incluso si se propone largarse en coche adquiere mapas de carreteras y guías de turismo.

Míster Sullivan debía ser la excepción que confirma la regla. No hallé absolutamente nada.

Sólo al final, cuando ya desesperaba de encontrar algo de interés, di con un librito que contenía las matrices de un talonario de cheques de viaje. Los cheques habían sido utilizados ya, y por las fechas de los resguardos, hacía más de un año. Sin embargo, eso me indicaba que Sullivan forzosamente debía haber solicitado otro talonario a su Banco. Me guardé el librito de resguardos.

Entonces sonó el timbre de la puerta. Sorprendido, me inmovilicé, pero entonces recordé que la señora Sullivan me había entregado su llave y que si quería entrar tendría que llamar al timbre. No se me ocurrió que era pronto todavía para su regreso.

Abrí la puerta y quedé sorprendido al ver que no era ella quien había llamado.

—¿Míster Sullivan? —preguntó uno de los dos tipos.

—No está en casa —afirmé.

Me disponía a cerrar la puerta cuando el que había hablado adelantó el pie, colocándolo como una cuña. Inmediatamente empujó la puerta y la abrió de golpe, apartándome a mí sin vacilaciones.

Di un traspié, y cuando recobré el equilibrio los dos habían entrado y cerrado la puerta. Estaban mirándome con ojos intrigados y actitud amenazadora.

Empecé a inquietarme.

—¿Qué diablos significa esto? —estallé furioso.

—¿Es usted Percy Sullivan? —volvió a preguntar el mismo tipo.

—Ya les he dicho que no. Él no está en casa.

—Eso dice usted... Veamos sus papeles.

—Veamos antes los suyos —dijo desafiante—. Me gustará saber quiénes son ustedes para penetrar aquí como en terreno conquistado.

Debí haberlo supuesto desde el principio. Dos gorilas como aquéllos sólo podían ser una cosa.

Lo eran.

El más gordo alargó la mano, en la que lucía un emblema que yo conocía demasiado bien.

Por si quedaba alguna duda, machacó:

—Policía.

—Ya lo veo.

—Ahora veamos quién demonios es usted y qué hace en una casa que no es la suya.

Les mostré mi licencia. Cruzaron una mirada y el que llevaba la voz cantante silbó entre dientes y dijo:

—¿Ves tú lo mismo que yo, Barnes? Un lince privado metido aquí...

—Por eso el apartamento huele a basura —refunfuñó el otro.

Bien; iba a tener dificultades. No era la primera vez.

El más gordo preguntó:

—¿Qué ha estado haciendo aquí?

—Trabajando.

—Seguro. Para Percy Sullivan, ¿no?

—No.

—Ya... Así que le pillamos revolviendo por aquí y no trabaja para el dueño del piso. Bien, bien... Eso es allanamiento de morada. ¿Sabe lo que significa esto, tipo listo?

—Seguro.

—¿Y no tiene nada que decir?

—No a ustedes, a menos que me digan lo que andan buscando.

—Se lo dirán en la Central. Vamos, amiguito, vendrá con nosotros.

El otro era más listo. Intervino:

—Antes de irnos echaré una mirada por ahí... Nada nos asegura que ese pichón no está representando una comedia...

No tardó ni cinco minutos en estar otra vez con nosotros.

—Nada —anunció—; larguémonos de aquí.

—Un momento —atajé—. ¿Puedo saber por qué tengo que ir con ustedes?

—¡Anda éste! —rió el gordo—. No viene usted con nosotros, amigo. Le llevamos.

Y me llevaron. Con esa clase de sabuesos es inútil discutir, y yo lo sé bien. De manera que no despegué los labios en todo el trayecto, y cuando me metieron en una reducida oficina y me dejaron solo, ni ellos ni yo habíamos pronunciado una palabra desde el momento de abandonar el piso de los Sullivan.

Estuve solo quince minutos, el tiempo que ellos consideran de «ablandamiento», para que el detenido vaya poniéndose nervioso y vaya perdiendo el control de sí mismo pensando en lo que le espera.

Transcurrido ese tiempo, entró un hombre de unos cuarenta años, alto y de cabellos ya grises. Su traje necesitaba urgentemente un planchado, pero a él no le preocupaba mucho su aspecto. Parecía enormemente asqueado de todo.

—¿Se llama usted Max Cameron? —preguntó después de derrumbarse materialmente sobre el sillón de la mesa.

—Sí.

—Y le han pillado en un allanamiento de morada.

—No se precipite —dije con calma—. Estaba realizando un trabajo por cuenta de un cliente. Tenía permiso para estar en aquel apartamento.

—¿Permiso escrito?

—No; verbal.

—Ya veo...

—No lo ve. En realidad, no ve nada de nada. Ese par de lumbreras que me han traído no han querido aclarar nada tampoco, pero tengo la esperanza de que usted enfoque las cosas desde otro punto de vista.

Sus aburridos ojos parpadearon, pero ése fue todo el signo de interés que pude arrancarle.

Luego murmuró:

—Ellos tenían que traer a Percy Sullivan. Le han encontrado a usted revolviendo el piso de ese caballero y le han traído aquí. Me parece muy natural su actuación...

—¿Por qué tenían que traer a Sullivan?

—¿Por qué estaba usted en su apartamento?

—Está bien —dije fastidiado—. Así no vamos a ninguna parte. Percy Sullivan ha desaparecido. Su esposa está inquieta por su paradero y me ha encargado buscarlo. Estaba tras algún indicio del lugar en que pueda hallarse. Eso es todo.

—¿La esposa de Sullivan le ha autorizado a registrar su casa?

—Sí.

—Bien... parece que eso cambia las cosas.

—Seguro.

—¿Ella no tiene alguna idea sobre el paradero de míster Sullivan?

—Ninguna. Y ahora que he aclarado mi posición, ¿me dirá por qué andan detrás de Percy Sullivan?

Vaciló, pero acabó por encogerse de hombros y asintió con un gesto. Después explicó:

—No veo que haya ningún motivo para mantener eso secreto. Existe una denuncia por robo contra ese hombre. Setenta mil dólares.

Pegué un respingo en la silla. Con eso no había contado.

—Es un buen pellizco —dije.

—Demasiado bueno.

—¿Cómo ha robado ese dinero?

—Sullivan es el propietario de dos librerías. Un negocio mediocre, pero desde el cual se dedica a buscar viejas ediciones, libros de bibliófilo, ¿comprende? Hace un par de semanas se puso en contacto con un coleccionista, un hombre con el que ya había mantenido tratos anteriormente, y le ofreció un lote por valor de setenta mil pavos. Por lo visto ese coleccionista perdió el mundo de vista ante la oportunidad y adelantó el dinero para la operación. Bueno, Sullivan tomó el dinero y emprendió el vuelo. El asunto del lote de libros raros era puro camelo.

—Comprendo. El coleccionista ha presentado la denuncia...

—Naturalmente.

—No sabía una palabra de todo esto.

—Ya lo imagino. Y ahora, Cameron, dígame: ¿ha encontrado usted algo de interés en el piso?

—Absolutamente nada. Y sabiendo lo del dinero, comprendo perfectamente que ese pájaro no haya dejado rastros.

Él no parecía muy satisfecho. Noté perfectamente cómo

escrutaba mi actitud, como si dudase entre confiarme algo más o callarse. Por fin pareció decidirse.

—Escuche usted, Cameron —empezó con cautela—. Supongamos que usted consigue alguna pista... ¿Qué hará?

—Notificarlo a mi cliente.

—Es lógico, pero ¿y después?

Le miré a la cara. Me pareció tan hastiado como al principio.

—¿A qué se refiere? —quise aclarar.

—Me gustaría que después de informar a su cliente viniera usted a verme. No olvide que Sullivan es un perseguido de la justicia.

—Ya veo...

—Sullivan no es su cliente. No puede alegar secreto profesional.

—No, eso es cierto.

—Y por si lo olvidaba, puedo proporcionarle muchos disgustos a usted si trata de ocultarnos alguna pista.

—Esperaba que dijese usted eso... ¿Por quién tengo que preguntar, si alguna vez vengo aquí?

—Teniente Ned Parker. Si no estoy aquí le dirán dónde encontrarme.

—Perfectamente.

Dejó asomar una caricatura de sonrisa en sus finos labios y se levantó, rodeando la mesa.

—Estaba seguro que colaboraría usted, Cameron —dijo con voz sin expresión. Me pregunté si por sus venas correría agua en lugar de sangre.

—Siempre colaboro con la policía, teniente.

Eso podía haber acabado así, amistosamente, de no haberse abierto la puerta en aquel instante. Pero se abrió, y un hombre asomó la cabeza por ella y exclamó, tras clavarme su fría mirada:

—¡Que me aspen! No podía creerlo...

Acabó de entrar y se enfrentó conmigo. No me gustó verle. Era el teniente Toole, de Homicidios.

Su colega le preguntó:

—¿Conoces a Cameron, Toole?

—¿Qué si le conozco? ¡Ya lo creo! Y ese conocimiento me da dolor de tripas de vez en cuando... ¿Qué ha hecho esta vez? Me han dicho que está acusado de allanamiento...

—No es exactamente eso, teniente —intervine—. Los policías

que me han traído se han precipitado un poco.

Se pintó el desencanto en su cara y miró a su compañero. Preguntó:

—¿Es cierto eso, Ned?

—Parece que sí.

—Lástima. Me hubiera gustado poder encerrarle una temporada. He tenido algunos tropiezos con él... especialmente con el caso Grogan.

Ned Parker me miró con una chispa de interés en sus mortecinas pupilas. Gruñó:

—Ha prometido colaborar.

—Sí, seguro —exclamó Toole—. Verás lo que sacas de su colaboración. Ulceras de estómago. O cadáveres, como me sucedió a mí.

La cosa estaba complicándose, de manera que abrevié. Di un paso hacia la puerta al mismo tiempo que decía:

—Volveremos a vernos, Parker... y no haga mucho caso de las calumnias del teniente Toole. Tiene mal día.

Abrí la puerta y salí del despacho, alejándome de allí antes que cualquiera de ellos cambiase de opinión.

Al llegar a la calle respiré mucho más tranquilo.

CAPÍTULO II

Intenté ponerme en contacto con mi clienta sin conseguirlo. Una y otra vez, durante el día, llamé a su apartamento y nadie respondió al teléfono.

Finalmente, cansado de ese juego, me lancé a la calle para seguir la pista que ella misma me había dado, aunque pensé que si Percy Sullivan había emprendido el vuelo con setenta mil dólares, también debía haberse llevado a su amiguita. Tal vez era por ella por quién había cometido tamaña estafa.

Roscoe Place es un lugar casi idílico, bordeado de grandes jardines, silencioso y aristocrático. Detuve el coche, me apeé, y busqué el número 421. Allí vivía Nancy Silk, la rival de mi clienta.

El edificio era uno de éstos en los que el portero se considera a sí mismo poco menos que el alcalde de la ciudad. A mis primeras preguntas se encerró en su caparazón y no hubo manera de arrancarle una palabra.

Luego, y a base de diplomacia y de unos cuantos billetes, conseguí saber que Nancy Silk estaba en casa, sola, y que no recibía jamás a los desconocidos, si alguno preguntaba por ella.

Eso no me descorazonó. Añadí un par más de billetes a la diplomacia y logré, aparte de una mirada de disgusto, que el portero me indicara el camino para llegar al nido de la dama.

Amplios pasillos se abrieron ante mí en cuanto salí del elevador.

Mármoles y grandes lámparas de cristal tallado. Todo estudiado para justificar los alquileres astronómicos que debían pagar los inquilinos de semejante palacio. Comencé a pensar que Sullivan debía ganar mucho dinero en sus librerías y trapicheos.

Llamé a la puerta que me habían indicado y esperé.

No ocurrió nada.

Repetí la llamada con igual resultado.

Sin embargo, el almirante de la portería me había asegurado que

Nancy estaba en casa, de manera que si él lo afirmaba, seguro que sabía lo que se decía. Para eso cobraba.

Volví a oprimir el botón del timbre. De nuevo sonó en el interior un apagado repiqueteo y de nuevo no ocurrió nada.

Probé el tirador de la puerta y ésta cedió silenciosa y suavemente. Una corriente de hielo culebreó por mi espalda al distinguir el oscuro interior. No pude evitar el recuerdo del caso Grogan, cuando Toole y sus sabuesos me habían pillado al lado de una mujer estrangulada... Y pensé que esta situación tenía mucho de común con aquélla.

Pero vacilé sólo unos segundos. Me hundí en la oscuridad del apartamento, cerré la puerta y quedé inmóvil, escuchando. Sólo oí mi propia respiración, bastante más agitada de lo normal. Fuera de esto, el silencio era absoluto. Ni siquiera los rumores del exterior lograban atravesar las cerradas ventanas.

Tanteé la pared en busca de la llave de la luz. Cuando la encontré, una catarata brillante se desparramó desde el techo. La lámpara hacía juego con el monumental edificio.

Dediqué unos segundos a echar un vistazo a cuánto me rodeaba. Los muebles más lujosos que el decorador había podido encontrar estaban allí representados. Colores vivos en los tapizados y cuadros que no eran más que manchas detonantes de color salpicando las paredes. Todo muy nuevo, muy lujoso y rutilante. Pero no me habría gustado vivir en semejante sinfonía de lujo.

Tras este somero examen, avancé decidido a aprovechar el tiempo. Había que buscar un indicio del paradero del hombre que sostenía el apartamento, cuyos gastos debían pegarle un buen mordisco a sus ingresos. No era descabellado pensar que entre aquellas paredes podía haber quedado algo delator...

Me encontraba en lo que seguramente debía ser la sala, y a juzgar por lo que estaba viendo, allí no podía haber nada escondido, así es que abrí la primera de las puertas que tenía a la vista y encendí la luz.

Me encontré en el cuarto de baño, tan rutilante como el resto del piso, con decoración de fantásticos tonos. El que había realizado esa decoración debía estar medio loco. Pero a pesar de toda su locura, jamás pudo planear nada de lo que yo estaba viendo. Aquello escapaba incluso a su desequilibrado cerebro.

Estaba caída de espaldas, con la cabeza apoyada violentamente en un costado de la enorme bañera. Tenía una pierna doblada debajo del cuerpo y los brazos doblado uno sobre el pecho y el otro estirado a lo largo de su costado. Y estaba tan desnuda como cuando vino al mundo.

Quedé allí, estupefacto, inmóvil y sintiendo un ligero temblor en las piernas, como después de una larga carrera. No podía apartar los ojos del cuerpo y del agujerito que tenía debajo del seno izquierdo. Ya no brotaba la sangre. Pero una sinuosa línea roja se había deslizado hasta el fino vientre, se había encharcado y caído después al suelo como una pequeña catarata.

Había sido una mujer de belleza excepcional, sofisticada y llamativa como una de esas modelos de los anuncios de productos de belleza. Uno llegaba a comprender que los hombres sostuvieran apartamentos de lujo a espaldas de sus esposas.

Bien; ya estaba visto. Hice un esfuerzo y retrocedí, cerrando la puerta. Hecho esto la limpié cuidadosamente con el pañuelo. No quería dejar huellas.

Aproveché el tiempo. Hice un registro perfecto, pulcro y metódico. Nadie hubiera podido darse cuenta de mi paso por el piso.

Pero no tuve suerte. Allí no había indicio alguno del paradero de Percy Sullivan, a pesar de que en el armario encontré media docena de trajes de hombre, camisas, calcetines, ropa interior y zapatos.

Estaba a punto de darme por vencido cuando abrí la puertecita del cuarto trastero que había adosado a la cocina. Contemplé los habituales útiles de limpieza: al aspirador, los cubos, escobas y demás. Y en lo alto de un estante, el alargado estuche de plástico con que van equipados los aspiradores. Bien, era mi última esperanza. ¡Y vaya esperanza!

En cuanto le eché mano comprendí que dentro había algo, y al abrirlo salió un maletín pequeño, una de esas valijas de avión. Comprobé que estaba cerrado con llave y, a juzgar por su peso, estaba lleno. Se imponía su examen.

Hurgué en la cerradura hasta vencerla. Satisfecho, abrí la tapa...

No me caí de espaldas por milagro, pero quedé rígido y mudo de asombro, con la tapa levantada y los sentidos negándose a dar crédito a lo que estaba contemplando.

Centenares de billetes, fajos y más fajos aparecían cuidadosamente amontonados. En el primer instante pensé en los setenta mil dólares de que me había hablado el teniente Parker, pero a simple vista se adivinaba que allí había mucho más.

Dejé caer la tapa para arrancarme de su contemplación. El corazón golpeaba salvajemente en mi pecho, cual si quisiera saltar fuera para revolcarse en aquel mar de dinero. Jamás había visto semejante cantidad.

Cerré de nuevo el maletín y me incorporé, sin saber qué decidir ni qué hacer. El asunto escapaba a mi control, y más al pensar en el cadáver que permanecía en el cuarto de baño.

Sin abandonar el maletín, regresé a la salita con una extraña desazón que nada tenía que ver con el dinero ni con el cadáver. De pronto, me había parecido advertir como si hubiera despreciado una revelación. No comprendía qué podía ser, pero era algo que resultaba en extremo desagradable.

Dejé el maletín sobre la mesa y miré a mi alrededor. Nada. No lograba captar lo que producía mi inquietud.

Al fin me armé de valor y abrí la puerta del baño. De nuevo mis ojos vagaron por el hermoso cuerpo. Después recorrí con la mirada todo el cuarto de baño.

Di un respingo cuando la comprensión penetró en mi cerebro. Me llamé estúpido por no haberlo advertido antes. ¡Naturalmente!

Cerré la puerta y volví al lado del maletín. Ahora sabía qué era lo que no encajaba. Los vestidos de la mujer. No había ni una prenda de ella en el cuarto de baño, y en el resto del piso todo estaba en orden, todo absolutamente. Las ropas femeninas estaban perfectamente colocadas en los armarios y en los cajones. No era lógico. La mujer debía llevar algo encima mientras permanecía en casa, algo que, al morir, forzosamente debía haber quedado desordenado, o encima de ella o tirado en cualquier lado.

Eso me dio que pensar, pero tuve que darme por vencido antes de hallar una explicación a ese hecho.

Bien, era hora de hacer algo. Y pensándolo bien, me convenía hacerlo honestamente, como un ciudadano amante de sus deberes cívicos.

En consecuencia, levanté el auricular del teléfono y llamé a la policía. Tuve la precaución de protegerme la mano con un pañuelo

para no estropear el trabajo de los polizontes.

Cuando me respondieron di cuenta del hallazgo del cadáver. La voz del otro lado no se alteró al oírme. Lo único que dijo fue:

—Muy bien, señor. ¿Cuál es su nombre?

—Max Cameron. Y ya le he dado las señas.

—Perfectamente. No se mueva de ahí hasta que lleguemos.

Colgué. Tras una vacilación, busqué un vaso limpio en la cocina y una botella de las que había descubierto antes, y me serví una generosa ración de *whisky*. Necesitaba darme ánimos, y para eso el *whisky* es la mejor medicina.

Estaba con el segundo vaso cuando llamaron a la puerta. Habían tardado menos de lo que yo pude suponer.

Abrí y les dejé paso. Eran dos patrulleros. Debían haber recibido el aviso por radio. Entraron y cerraron la puerta.

Uno de ellos preguntó:

—¿Usted es Cameron?

—Sí. He sido yo quien ha dado el aviso.

—¿Dónde está el cadáver?

Se lo indiqué. Uno de ellos desapareció en el interior del baño, pero el otro se quedó fuera, dirigiéndome miradas cargadas de sospecha. Empezaba a ponerme nervioso el tipo.

Seguí bebiendo. El policía regresó y soltó un comentario dedicado a la belleza de la mujer.

No me dirigieron ninguna pregunta. Por lo visto sabían cuál era su obligación. O sabían que en cuanto llegasen los de Homicidios a ellos los echarían a un lado sin contemplaciones.

Quince minutos más tarde llamaron a la puerta y un patrullero abrió.

Entraron en tromba, acompañados por el portero. Sentí un nudo en el estómago al ver al teniente Toole al frente de los recién llegados.

Se quedó plantado, mirándome, y una sardónica sonrisa empezó a extenderse por toda su cara.

—Bien, bien, Cameron —empezó—. Cuando me han pasado el aviso no podía creer que fuera usted...

—Espero que esa duda no le haya atormentado, teniente.

Rió entre dientes. El patrullero le indicó el cuarto de baño y allá se fue con toda su energía.

El aturdido portero había perdido todos sus aires de almirante. Hasta daba la sensación de haber disminuido de estatura. Me miraba acusadoramente, como dando por sentado que yo era el criminal. Parecía a punto de echarse a llorar.

Toole regresó unos minutos después y en su rostro no había ni rastro de sonrisa. Contemplé cómo se movía dando órdenes a sus hombres con palabras concisas y voz seca. En uno de esos movimientos tropezó con el portero y entonces pareció descubrirle por primera vez.

—¿Qué demonio hace usted aquí? Largo, vuelva a su trabajo. Cuando lo necesite le mandaré llamar.

El aturdido hombrecillo retrocedió, asustado, y se escurrió al pasillo como una sombra fugaz.

Entonces fue cuando Toole se encaró conmigo.

—Bueno; veamos su historia, lumbrera. Pero quiero la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. ¿Está claro?

—Okey.

—Y recuerde que es la segunda vez que le sorprendo con un cadáver entre las manos, Cameron.

—Y un diablo. Usted no me ha sorprendido de ninguna manera. He sido yo quien ha llamado dando cuenta del crimen y esperado después a que llegasen ustedes. ¿No se llama a eso colaboración?

—Viniedo de usted, no. Empiece a contarme su historia.

Se la conté de arriba abajo casi sin respirar. Después callé y quedé esperando sus comentarios. Lo único que dijo fue:

—Así que la puerta estaba abierta...

—Eso he dicho.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—No le dé vueltas, teniente —advertí irónicamente—. He tenido tiempo de echar un vistazo por el apartamento.

—Ya lo suponía... ¿Ha encontrado usted algo?

Empezaba a divertirme. Le señalé el maletín y comenté:

—Si a eso puede llamarse *algo*...

Interesado, forcejeó con él hasta levantar la tapa. La cara que puso al ver el contenido hubiera servido para modelo para una carátula medieval.

Dejó caer la tapa como si no fuera capaz de resistir la visión de tanto dinero. Con un esfuerzo recobró la voz. Exclamó:

—¡Cielos! ¿Lo ha visto?

—Naturalmente.

—¿Cuánto calcula que hay aquí? Suponiendo que no lo haya contado ya...

—No he querido perder tiempo, pero imagino que pasan de ciento cincuenta mil dólares.

—Sí, eso creo yo también... ¡Vaya paquete! ¿Dónde lo ha encontrado?

—En el trastero, metido dentro del estuche del aspirador.

—Eso parece indicar que lo escondió ella...

No respondí, dejándole que siguiera extasiándose con la contemplación de la fortuna. Permaneció varios minutos quieto, mirando el dinero con el ceño fruncido y los labios apretados. Seguramente su cerebro funcionaba a toda velocidad.

No salió de su abstracción hasta que uno de sus hombres le llamó para consultarle algo. Entonces cerró el maletín y se dirigió a la puerta, donde había aparecido un hombrecillo de cómico aspecto. Los vi hablar y después encaminarse al cuarto de baño. El forense había llegado.

Quince minutos duró el examen del cadáver. Luego, volvieron a aparecer hablando animadamente. El doctor, con su cara de lechuga, tenía una voz apenas perceptible y el corpulento Toole tenía que inclinarse para captar sus palabras.

Cuando el forense hubo desaparecido el teniente regresó adonde yo estaba y gruñó:

—Lleva más de diez horas muerta... El forense opina que unas doce, poco más o menos.

No dije nada. Él me miró a la cara y entrecerró los ojos. Comprendí que ahora llegábamos al punto desagradable del asunto y dije:

—Está bien, teniente, empiece a disparar.

—Cuando le he hablado a Parker de las úlceras de estómago —dijo—, me refería a mí. Usted me las provoca, pesquisa.

—Es una pena.

—Sí, ya imagino que lo siente —masculló—. Vamos a ver... ¿A qué ha venido usted aquí?

—Siguiendo las huellas de Percy Sullivan.

—¿Sullivan? ¿Quién es ese punto?

—El tipo que anda buscando el teniente Parker. Los dos vamos tras él, aunque por distintos motivos.

—Ya recuerdo... Un fulano que ha levantado el vuelo con una cantidad de dinero que... ¡Demonios! —exclamó, fijando la mirada en el maletín. Había quedado con la boca abierta, pero la cerró enseguida y añadió—: Parker va a recobrar el dinero por lo menos.

—Más despacio, teniente. Su compañero anda a la caza de setenta mil dólares. Y aquí hay más del doble... No encaja.

—¿Setenta mil? Sí, creo que ha mencionado esa cifra... Bueno, ya hablaremos de esto. Ahora quiero saber cómo ha llegado usted a relacionar a ese Sullivan con la mujer muerta.

—No sabía que estaba muerta. Pero he sabido que era la amante de Sullivan y quizá pudiera indicarme el paradero de su amigo.

—Ya veo... Y supongo que usted ya sabía eso cuando ha estado hablando con el teniente Parker. ¿No es cierto?

—Usted es quien lo dice.

—Naturalmente que lo digo. Le conozco, Cameron, y no me gusta usted nada. Nada en absoluto —repitió machaconamente.

—¿No puede olvidarse del pasado, Toole? Después de todo, siempre he estado al lado de la Ley.

—Tiene usted un concepto muy amplio de la legalidad.

—Pero no me salgo de ella. Además, no puede reprocharme nada serio. En ninguno de mis casos... ni en el de Grogan. Le proporcioné la prueba definitiva. ¿No es así?

—Seguro —gruñó con sarcasmo—. Aunque un poco tarde, pero me la proporcionó. Debo darle las gracias según usted...

—No pido tanto, teniente. Pero ¿estamos hablando del pasado o del crimen que tiene ahora entre manos?

—¡Oh, al diablo! Quiero hacerle comprender que si esta vez intenta meterse entre mis pies le aplastaré.

—Está bien. Ahora dígame: ¿Dónde están los vestidos de esta mujer?

—Así que también lo ha advertido —gruñó—. Debí haberle echado de aquí en cuanto he llegado. Supongo que se apresurará a llamar a su compinche del «Tampa Sun», pero como...

—Olvédelo —le atajé—. Nunca proporcione material a Terry hasta que el caso está cerrado.

Soltó un gruñido y dijo, hablando lentamente:

—No me explico lo de las ropas... A menos que el asesino se las haya llevado.

—Es muy posible. Sería interesante saber si le han disparado el tiro estando desnuda o con los vestidos puestos.

—Sí, a mí también me gustaría saberlo, pero tendré qué esperar al examen definitivo del forense. Tal vez encuentre hebras de tela en la herida. ¿Ha encontrado usted algo más, aparte de ese dinero, Cameron?

—Nada en absoluto.

—¿Seguro? No me mienta, maldito sea. Estoy harto de usted y...

—Déjese de dramas. No he encontrado nada.

Me miró, dudando entre creerme o no. Acabó por sacudir la cabeza de un lado a otro y masculló:

—Al diablo. Si miente lo sabré tarde o temprano y le ajustaré las cuentas. ¿Sabe usted, Cameron? No deja de sorprenderme su aparente colaboración en este caso.

Permanecí mudo. Lo único que yo deseaba era largarme de allí, de manera que tras un silencio pregunté:

—¿Puedo marcharme, teniente? Ya le he contado todo lo que sé y...

—De eso me gustaría estar seguro. Pero, en fin, no puedo retenerle aquí, así es que lárguese. Pero pásese mañana a primera hora por mi despacho. Quiero que me firme una declaración detallada.

—Okey. Y busque usted esas ropas... Me gustaría saber por qué se las han llevado.

Por toda respuesta se alejó de mí, dando por terminada la entrevista. Después de todo, pensé, podía haberme salido peor.

Pero cuando ya llegaba a la puerta, Toole me advirtió:

—Cuide sus pasos, pesquisa... Éste es el segundo cadáver que aparece a su lado. Empiezo a cansarme.

—Cuide sus pies, Toole... A propósito, ¿cómo le van las plantillas?

—Perfectamente, gracias.

Reí. Si había algo que fuera capaz de sacar de quicio al policía era mencionarle sus doloridos pies y su necesidad de usar plantillas ortopédicas. Para él era algo vergonzoso...

—¡Largo de aquí! —Ladró, interrumpiendo mi risotada.

Salí disparado, que era precisamente lo que quería.

Pero en cuanto llegué a la calle no tenía malditas las ganas de reír. El asunto se había complicado de tal manera que amenazaba con escapar a mi control, si no había escapado ya.

Se imponía una entrevista con mi clienta, de manera que conduje el coche pensando en ella y su problema. No dejé de barajar los datos que poseía hasta que llegué a su apartamento y llamé desde la calle. La puerta tenía cerradura automática durante la noche. Esperé cosa de un minuto hasta que escuché el chasquido del cerrojo al ser corrido por el mecanismo.

Empujé la puerta y entré en el zaguán. Mi clienta estaba esperándome.

CAPÍTULO III

Llegué arriba con el ascensor. Mientras lo mandaba otra vez de vuelta descubrí la puerta entornada del apartamento de los Sullivan. Ella estaba esperándome.

Me detuve en el umbral. El interior estaba tenuemente alumbrado por una lamparita de sobremesa. Me chocó, por cuanto parecía la luz indicada para una cita íntima, a media luz.

Pregunté, mientras entraba:

—¿*Mistress Sullivan*?

La respuesta fue de las que no se olvidan. Algo semejante a una tonelada de ladrillos cayó sobre mi nuca y me lanzó de bruces sobre la alfombra, mientras mi cabeza amenazaba con estallar y millones de lucecillas danzaban enloquecedoramente dentro del cerebro. Luché desesperadamente para no perder el conocimiento y, despacio y dolorosamente, empecé a salir del pozo en que parecía hundirme.

Entonces descubrí los pies que se acercaban a mí. Unos pies grandes, calzados con fuertes zapatos. Los pantalones del hombre eran azul oscuro con una fina raya blanca. No me entretuve en contemplar el resto de su indumentaria. Me lancé contra aquellas piernas con todas las fuerzas que me quedaban, que no eran muchas. Pero tuve el suficiente ímpetu para arrojarle al suelo y rodamos los dos en mortal abrazo.

Intenté sujetar al tipo para poder machacarle la cara, pero no lo conseguí. Noté como se escurría de entre mis manos y golpeé salvajemente. Gruñó de dolor. Por un instante distinguí su cara, de facciones vulgares, contraídas por el miedo y el esfuerzo. Después de esto conectó su puño en mi mentón y salí volando hasta tropezar con una baja mesita, y ella y yo rodamos por el suelo armando un buen alboroto.

El fulano vino a mí en un par de saltos. Lo recibí con un

puntapié que debió dolerle lo suyo, puesto que lanzó un aullido de dolor. Después me incorporé a medias e intenté sujetarlo de cualquier manera. Mis dedos se cerraron en su traje, la tela se desgarró y ahí acabó todo. Otra tonelada de algo sólido estalló sobre mi cabeza y la oscuridad me rodeó por completo, mientras me parecía sentir una gran laxitud invadiendo mi cuerpo. Después todo dejó de tener importancia y lo mismo hubiera sido estar muerto.

Más tarde, supe que mi estancia en el país de las sombras había durado más de media hora. Media hora sumido en la más completa inconsciencia, igual que si hubiera atravesado la barrera que separa la vida de la muerte.

Mis primeras sensaciones fueron un cúmulo de dolores que, naciendo en el interior de la cabeza, se extendían por el resto del cuerpo como una inundación salvaje y alborotada. Luego, y acompañando a los gemidos que escapaban por entre mis apretados dientes, capté también unas voces que hablaban muy cerca.

Tardé todavía unos minutos en recobrar el sentido de la vista, y al principio todo se redujo a unas sombras animadas que se movían a mi alrededor. Después, y entre oleadas de dolor, mi visión se aclaró y distinguí una cara inclinada sobre mí. De la cara surgió una voz:

—Todo va bien, amigo... Tómelo con calma.

Calma. Como si pudiera hacer otra cosa. El dolor de mi nuca me atenazaba, inmovilizándome.

Otro rostro apareció dentro de mi campo visual, al lado del otro. Y esta segunda cara no me gustó en absoluto. Sus labios se movieron y su voz me llegó como de muy lejos cuando dijo:

—¿Cómo va eso, entrometido?

Era el teniente Toole. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Traté de moverme y el dolor se multiplicó lancé una maldición, dedicada a los antepasados del fulano que me había atizado, pero eso no me sirvió de ningún consuelo, de manera que cerré la boca y apreté los labios. El hombre que estaba junto a mí me ayudó a sentarme y entonces vi que me habían colocado sobre un diván. También descubrí que había otros hombres en el apartamento de los Sullivan. Hombres a los que yo había visto poco antes.

Todo el equipo del teniente Toole.

Asombrado, los miré uno a uno, en medio del silencio. El

teniente no apartaba la mirada de mí, y cuando sus ojos se encontraron con los míos, dijo:

—El doctor dice que podían haberle matado, Cameron Le han sacudido con ganas.

—Ya me he dado cuenta por mí mismo. ¿Qué demonios están haciendo todos ustedes aquí?

Nadie respondió. El médico, que era el hombre que había estado inclinado sobre mí, estaba guardando sus cosas en el maletín. Entonces comencé a notar una molestia en lo alto de la cabeza y llevé allí la mano. El doctor advirtió vivamente:

—Cuidado; he tenido que colocarle un vendaje... el golpe le había arrancado un trozo de cuero cabelludo.

—Ya veo...

Toole siguió mudo hasta que el hombre se despidió. Antes de salir, el médico advirtió:

—Deberá llevar el vendaje durante algunos días, aunque si lo prefiere, mañana podrá cambiarlo por un parche adhesivo... nunca es tan llamativo como ese turbante.

No esperó respuesta y se fue. Entonces miré de nuevo a Toole y repetí mi pregunta:

—¿Qué demonios hacen todos ustedes aquí? ¿Quién les ha llamado?

—Los vecinos han oído un estrépito. Atraídos por el ruido se han asomado, llegando a tiempo de ver escapar a un desconocido. Entonces han entrado aquí, le han encontrado a usted y han llamado a la policía. Los primeros en llegar han sido los patrulleros... Han avisado al médico, han dado un vistazo, y se han visto obligados a llamarnos a nosotros. Estábamos todavía en el apartamento de Nancy Silk.

Intenté comprender lo que decía y el sentido que tenía todo aquello, pero tardé un buen rato en darme cuenta del posible significado. Y aún entonces, mi entumecido cerebro se negó a aceptar la evidencia.

—¿Por qué a usted precisamente? —inquirí.

—¿No ha echado usted un vistazo por aquí, antes de liarse a golpes?

—¿Vistazo? Me han atizado en cuanto he cruzado la puerta.

—Comprendo.

—¿Quiere hablar claro de una vez?

—Ha tropezado usted con otro fiambre, Cameron.

Pegué un brinco que me lanzó fuera del diván y me hizo comprender que mi pobre cabeza no estaba para movimientos bruscos. Un agudo cuchillo me la atravesó de parte a parte y el dolor me obligó a sentarme otra vez.

¡Otro cadáver! Y noté una corriente de hielo en mis nervios. Mi clienta. ¡Muerta!

—Dorothy Sullivan... —murmuré, estupefacto.

—¿Qué pasa con ella?

Miré al teniente, sin comprenderlo. Dije:

—¿No dice usted que está muerta?

—¿De dónde ha sacado eso? No es ninguna mujer el fiambre.

—¡Por todos los santos! —exclamé—. Deje de divertirse conmigo, maldito sea, y hable claro. ¿A quién se han cargado?

—A su amigo Percy Sullivan. Su trabajo ha terminado, Cameron. Ya no tendrá que buscarlo.

—Sullivan...

Me levanté cuidadosamente. Tuve la impresión de que el condenado polizonte se divertía con mis sufrimientos, ya que me miraba con los ojos entrecerrados en los que brillaba una lucecita de burla.

Se acercó a mí y alargó la mano, abriéndola y mostrándome algo que tenía en la palma. Preguntó:

—¿Es de usted todo esto, Cameron?

Contemplé un papel arrugado, un estuche de cerillas y un sello. Un sello viejo, utilizado ya por cuanto estaba inutilizado con el matasellos. Pero en mi vida había visto otro igual.

—¿De dónde ha sacado eso? —quise saber.

—El papel estaba entre sus dedos, y las cerillas y el sello en el suelo, junto a su mano.

Entonces recordé el tirón que había desgarrado una parte del traje de mi atacante.

Se lo conté al teniente, añadiendo:

—Debo haberle desgarrado el bolsillo, y en él debía llevar todo esto... Déjeme ver ese papel.

Me apoderé de él. Estaba doblado de manera que formaba una especie de pequeño estuche, de pulgada y media cuadrada

aproximadamente. Al darle vuelta entre los dedos descubrí también el escrito en uno de los lados. Eran unas letras torpes que rezaban:

«Andrew Dugan».

—¿Cree que ese Dugan es el tipo que me ha atacado? — pregunté.

—¿Cómo puedo saberlo? Tengo a un par de hombres haciendo averiguaciones sobre él; aunque, si he de decir la verdad, no lo creo. Andrew Dugan está en la guía telefónica.

—Sin embargo, su nombre consta en este papel, y no hay duda de que éste ha saltado del bolsillo de ese criminal. A propósito... creo que ese papel era el estuche donde se guardaba el sello. Al caer debe haber salido fuera y...

—Ya he pensado en eso —me interrumpió—. Y eche una mirada al sello.

Lo hice. Era uno de esos viejos sellos de coleccionistas, aunque no podía saber su valor. Toole murmuró:

—Un sello de tres centavos y con un montón de años encima. Esto no tiene pies ni cabeza, Cameron.

—¿No se le ha ocurrido pensar que esta estampita puede valer una fortuna? Hay sellos de esos que se cotizan por encima del centenar de los grandes.

—No me crea tan idiota. Claro que sé que hay sellos que valen cien mil dólares. Pero quien los posee no acostumbra a llevarlos en un bolsillo envueltos en cualquier trozo de papel.

—¿Y si han sido robados?

Se encogió de hombros.

—Lo averiguaremos —gruñó.

—Me gustaría dar un vistazo al cadáver —dije, devolviéndole el papel y el sello.

—No es nada agradable —me advirtió—; le han estado golpeando como bestias, seguramente para hacerle confesar alguna cosa... Y creo que lo que buscaban estaba escondido en el cuarto de baño.

Me asomé al cuarto de baño. El espejo del lavabo había sido arrancado de su lugar, y en la pared aparecía una cavidad bastante profunda. Dentro del lavabo había restos de yeso y dos baldosas,

seguramente las que habían tapado el agujero. El que las había arrancado no se había andado con chiquitas. Partidas por la mitad.

—¿Qué supone que había ahí? —quise saber.

—Ni idea. Sin embargo, es un buen escondrijo. Eso ha costado hacérselo confesar a ese desgraciado. Eso da idea del valor que concedía al contenido de ese agujero.

—Pero ¿qué demonios le han hecho?

—Venga...

Le seguí al dormitorio. El cadáver estaba tirado a un lado del lecho. Tenía las ropas hechas trizas y había sangre por todas partes, dando la sensación de un matadero. Había salpicado las paredes, la cama y las alfombras, dando a todo ello un aspecto que producía escalofríos.

Pero lo verdaderamente horroroso era el rostro del cadáver. Mejor dicho, toda la cabeza. Le habían golpeado bestialmente, una y otra vez, para obligarle a confesar. Y después habían seguido machacándole hasta dejar toda la cabeza convertida en un amasijo informe.

Sentí náuseas y salí de allí tambaleándome. Toole gruñó:

—No tiene usted aguante, Cameron. Siéntese en cualquier lado, quiero hablar con usted.

—Eso está convirtiéndose en una costumbre por su parte.

—Usted me obliga a ello. Usted y su manía de proporcionarme cadáveres...

—Sigo a la muerte, teniente. Recuérdelo cuando le llegue el turno.

No se rió. Encendió un cigarrillo, me lo pasó y él encendió otro. Aspiré el humo con inmenso placer.

Toole lanzó una bocanada de humo al techo y empezó:

—¿Dónde está *mistress* Sullivan?

—No lo sé. Yo he venido aquí con la intención de hablar con ella.

—¿Cuándo la ha visto por última vez, Cameron?

—Sólo he hablado una vez con ella; cuando me encargó el trabajo. Y, ahora que recuerdo, ella me entregó la llave de este apartamento. Para regresar... a menos que tuviese otra...

—¿No han quedado citados para una futura entrevista?

—No. Mi intención era darle los informes personalmente. Pero

ni ella ni yo hemos pensado en la llave, mejor dicho, en lo que debería hacer con ella una vez terminado mi registro aquí.

—Eso me huele mal, pesquisa...

—¿El qué?

—Ese descuido. ¿Cómo iba a entrar ella en el apartamento, si no poseía la llave?

—Tal vez tenga otra. O no se le ha ocurrido pensar en eso. Estaba bastante trastornada. Me ha dicho que si no encontraba a su esposo iba a verse en apuros...

—Sea como sea, no tiene sentido que no haya regresado todavía.

—No me gusta eso. Toole... Si le ha ocurrido algo a ella...

—No se precipite. Veamos, descríbamela.

Le describí lo mejor que pude a Dorothy Sullivan. Tengo que reconocer que detallé gustosamente sus numerosos encantos. Los ojos del teniente chispearon, maliciosos.

—Parece que le ha impresionado esa dama, Cameron.

—Todas me impresionan —confesé—. Tengo esa debilidad.

—Ya; una especie de enfermedad, ¿eh?

—Algo así.

—¿Con quién cree que está hablando? —estalló—. Quiere hacerme creer que es usted un nuevo Don Juan. Es ridículo.

—Me limito a responder a sus preguntas, Toole.

Gruñó algo incomprensible y dedicó la atención a sus hombres. Los chispazos de los fotógrafos saltaban por la puerta del dormitorio. Al pensar en lo que había allí mi estómago daba saltos.

Me derrumbé en el diván y cerré los ojos. No podía evitar sentirme inquieto por mi clienta. ¿Dónde podía estar?

Transcurrió cierto tiempo hasta que Toole volvió junto a mí. Antes tuvo que atender al forense, que era el mismo hombrecillo que había estado ya a reconocer el cadáver de Nancy Silk. El hombrecillo con cara de hurón refunfuñó, antes de penetrar en el dormitorio:

—¿No podría usted descansar un poco, teniente? Dos cadáveres en la misma noche. Es un escándalo...

—Cuando encuentre al asesino se lo diré, Doc —gruñó Toole, de mal talante. Y siguió al médico, con lo que yo pude disfrutar un poco más de tranquilidad. Luego, ya retirado el forense, Toole vino a sentarse a mi lado. Encendí un cigarrillo, le ofrecí otro a él, y

esperé. El policía masculló:

—Tenemos que encontrar a *mistress* Sullivan. Es muy importante hablar con ella ahora.

—También yo lo deseo.

Uno de los policías se acercó y depositó sobre la cercana mesita un montón de objetos. Una cartera, un pequeño tarjetero, un llavero con varias llaves, un paquete de cigarrillos y un encendedor de gas... todo lo que el cadáver tenía en los bolsillos.

—Ahí está todo, teniente —dijo el agente—. Hemos comprobado las huellas dactilares del cadáver con las que hay en la cartera. Son las mismas.

—¿Han examinado las de su tarjeta de identidad?

—Coinciden, señor. Son idénticas.

—Bien, gracias...

—¿Las de Sullivan?

—Sí, en la cartera tenía el carnet de identidad. No hay duda posible.

—¿Puedo verlo?

Se encogió de hombros. Lo extraje de la cartera y miré la fotografía. Era el mismo individuo de la fotografía que *Mrs.* Sullivan me había entregado. En la parte inferior del documento, dentro del recuadro, aparecía la huella dactilar del muerto.

Lo devolví. El dolor de mi cabeza había amainado un poco, de manera que de nuevo experimentaba deseos de actuar. No me gustaba estar allí, aguardando sin saber qué esperaban realmente, mientras el teniente me contemplaba especulativamente.

De pronto dijo:

—¿Reconocería usted al tipo que le atacó?

—No lo creo. Sólo pude verlo un instante, y su rostro estaba contraído. Aparte de que había muy poca luz. No... no creo que pudiera identificarlo.

—Es una lástima. En fin, lárguese de aquí, Cameron. Acuéstese y mañana le quiero en mi oficina para la firma. ¿Comprendido?

—Allí estaré.

Toole me recomendó, antes de salir:

—Y no olvide que si tiene alguna noticia de esa mujer quiero que me informe inmediatamente.

—Está bien —refunfuñé—. Si esto sigue así acabaré trabajando

para la policía.

Abandoné el apartamento sintiendo una extraña aprensión. Automáticamente había quedado fuera del caso. Aparecido Sullivan ya nada tenía que hacer, excepto encontrar a Dorothy y darle cuenta de lo poco que había hecho.

Pero eso podía hacerse al día siguiente. Lo que quedaba de la noche era exclusivamente mío.

CAPÍTULO IV

Me despertó el teléfono. El estridente repiqueteo tardó un buen rato en penetrar dentro de mi cansado cerebro, y aun cuando lo oí, di la vuelta en el lecho e intenté seguir durmiendo.

No hubo nada que hacer. Tuve que alargar el brazo y llevarme el auricular al oído. No recuerdo si gruñí algún saludo o no, el caso es que una voz exclamó:

—¡Santo Dios, al fin!

El sueño huyó como barrido por un huracán. Aquella voz...

—¿*Mistress* Sullivan? —indagué, vacilante.

—¡Claro que soy yo! ¿Dónde se había metido usted?

—Es largo de contar. Lo importante es saber dónde estaba usted...

—Intentando comunicar con usted, míster Cameron. Pasé casi todo el día de ayer intentando encontrarle... Pero hasta ahora no he conseguido saber el número de su teléfono privado...

—Está bien; eso no tiene importancia ahora. ¿Dónde está?

En un hotel... míster Cameron... acabo de leer los periódicos...

—Comprendo. Su esposo...

—Sí... dicen que estaba usted allí, ¿es cierto?

—Sí.

—Por favor, necesito verle...

—Dígame dónde está y acudiré. Yo también necesito hablar con usted largo y tendido.

—Hotel «Cecil»... En la Avenida Norte.

—Lo conozco. ¿Cuál es su habitación?

—El número cuarenta y dos.

—Voy para allá.

Colgué sin esperar más. Me vestí a toda velocidad, empezando a notar entonces la molestia de aquella especie de turbante que adornaba mi cabeza. También el dolor hizo acto de presencia, pero

no quería perder tiempo en aquellos momentos.

Salí como un cohete. Perdí sólo unos minutos en una farmacia, donde conseguí un par de aspirinas y salte de nuevo al coche, lanzándolo en busca del hotel «Cecil».

Dorothy Sullivan estaba esperándome. Casi antes de llamar me abrió la puerta, y volvió a cerrarla rápidamente en cuanto hube entrado. Escruté su rostro y advertí cuán cambiada estaba. Grandes ojeras rodeaban sus hermosos ojos, y algo indefinible se agitaba en ellos, haciéndolos tal vez más profundos, pero también desconcertantes. Pensé que era miedo lo que reflejaban.

—¡Cuánto he deseado verle, míster Cameron! —exclamó.

—Bien, cálmese. Comprendo que las noticias de los periódicos la hayan alarmado, pero...

Hizo un gesto brusco, interrumpiéndose, y soltó con voz contenida:

—No se trata de eso. Me ha dolido lo sucedido, pero no tanto como para desesperarme. Hace mucho tiempo que Percy y yo habíamos dejado de amarnos...

—Comprendo.

—Estoy asustada, ésa es la verdad.

—¿Por qué?

No respondió enseguida. Fue a sentarse en una butaca y me señaló otra con un gesto cansado. Cuando estuve frente a ella pregunté:

—¿Tenía usted otra llave de su apartamento?

—No.

—En ese caso, ¿por qué me dio la suya? Usted debía pensar que la necesitaría para volver a su casa.

—Yo no pensaba volver a casa, míster Cameron.

—¿No?

Sacudió la cabeza.

—Tenía miedo —confesó sencillamente.

—¿De qué? ¿Alguien la había amenazado?

Vaciló.

—No exactamente. Pero, el día antes de la desaparición de Percy alguien llamó por teléfono. Era un hombre que preguntó por mi marido. Cuando le dije que Percy no estaba en casa soltó una palabrota y pronunció después otras para mi incomprensibles. Dijo

que si mi marido no entregaba la mercancía sería mejor que se escondiera. Luego rió y añadió que, de todos modos, aunque se escondiera bajo tierra, me tenían a mí para obligarle a salir de su escondrijo...

—¿Le dijo usted todo esto a su esposo?

—Sí, cuando llegó.

—¿Cómo lo tomó él?

—Se asustó; mucho más de lo que cabía esperar de un hombre.

—¿No pudo saber qué clase de mercancía era la que tenía que entregar?

—No —calló, retorciéndose las manos nerviosamente. La observé, sólo para darme cuenta de que estaba asustada.

—¿Qué sucedió después? —Seguí preguntando.

—Percy volvió a salir y no regresó hasta entrada la noche. Venía preocupado y no pude arrancarle una palabra. Al día siguiente había desaparecido llevándose todo el dinero.

—Todo esto me hace creer que su esposo era un bicho poco recomendable —mascullé entre dientes—. La abandonó a usted sabiendo que si él se escondía, esa gente, sea quien sea, la atacarían para obligarle a aparecer.

—Exactamente. Percy siempre fue un cobarde.

—Ya veo... Bien, ¿qué sucedió después?

—Hasta una hora antes de entrevistarme con usted, ayer por la mañana, no sucedió nada. Durante los días anteriores me ocupé de las librerías. Están a mi nombre porque fui yo quien puso el dinero para montarlas, poco después de casarme. Y de ellas es de donde debo sacar el dinero para vivir, ¿comprende?

—Perfectamente, siga. ¿Qué sucedió ayer por la mañana?

—Yo estaba en la librería de Emory Street. El dependiente me avisó de que alguien deseaba verme y entró un hombre en la oficina. Era un tipo alto y pesado. Empezó por preguntar dónde estaba Percy. Me asusté, porque su voz me recordó la del teléfono. Bien, para abreviar, me dio de tiempo hasta la noche para ponerme en contacto con Percy y decirle que, o entregaba las piezas o yo pagaría las consecuencias. Dijo también que si avisaba a la policía sería peor para Percy y para mí, ya que entonces tendríamos que vérnoslas con la Ley y con él y los demás. Después de esto se marchó.

—¿Qué clases de piezas pidió?

—No lo dijo. Y tampoco se me ocurrió preguntárselo.

—Ya veo... Escuche, *mistress* Sullivan, y trate de responder con calma. ¿Las dos librerías, dan mucho dinero?

—No le comprendo...

—Bien, su esposo mantenía el apartamento de ustedes, lujoso y que debía costar mucho dinero. Y, aparte, el de Nancy Silk, mucho más costoso todavía. ¿Ese negocio da para tanto, o él tenía otros ingresos?

—Se dedicaba a la compra venta de libros raros... primeras ediciones, usted sabe, y libros de coleccionista...

—Pero eso no produce ninguna fortuna.

Desconcertada, me miró a la cara y preguntó:

—¿Ha visto usted a Nancy Silk?

—Sí...

—¿Y vive en un piso de lujo?

—El piso era de los más caros de la ciudad. En cuanto a ella... Bien, ha muerto.

Y le conté lo que había encontrado en casa de Nancy, incluyendo el maletín con el dinero.

Cuando terminé, la mujer siguió mirándome, atónita, muda de estupor.

Luego, cuando recobró la voz, murmuró:

—Es espantoso... ¿Cree que han sido los mismos asesinos que mataron a Percy?

—Opino que sí. Lo que no comprendo es por qué no se llevaron el maletín con el dinero. Tuvieron tiempo suficiente para buscarlo. Da la impresión de que lo único que les importaba era matar a Nancy...

De pronto, Dorothy alargó la mano y la engarfió en mi brazo con fuerza inusitada. Balbuceó:

—¿Por qué... por qué miente usted, míster Cameron?

Asombrado, quedé sin habla. No comprendía su extraña reacción.

—¿En qué la he mentado? —Gruñí al fin.

—En lo de Nancy Silk... si estuviese muerta los periódicos hablarían de ella... igual como hablan de Percy...

Pegué un respingo. No cabía duda que estaba en lo cierto. Me

levanté. El diario estaba sobre la mesita y, desdoblándolo, busqué frenéticamente en sus páginas alguna referencia a la muerte de la hermosa mujer.

Dorothy tenía razón. Ni una sola palabra sobre aquel crimen.

Desconcertado, dejé el periódico y volví a sentarme.

—No lo comprendo —confesé—. Alguna razón habrá tenido la policía para mantenerlo en secreto... Sin embargo, *mistress* Sullivan, yo encontré el cadáver de esa mujer. No le miento —añadí, al ver reflejarse la duda en su mirada—. Nancy Silk está muerta.

—Pero ¿por qué todo esto, míster Cameron?

—No lo sé. Ojalá lo supiera. Hay otro detalle que me intriga. Tal vez usted pueda aclarármelo...

—¿De qué se trata?

—Su esposo se relacionaba con coleccionistas de ediciones raras. ¿Sabe si también negociaba con sellos, si tenía tratos con filatélicos?

—Nunca le oí hablar de eso... No, estoy segura de que no tenía nada que ver con la filatelia.

—Bueno, otra pista que no tiene sentido. En fin, ¿qué piensa hacer ahora? La policía anda loca detrás de usted. Quieren interrogarla con la esperanza de que pueda proporcionarles algún dato de interés.

—¿Cree usted que... que piensan que yo he matado a mi marido?

—Eso no debe preocuparla —afirmé—. La manera como fue muerto la descarta a usted. Lo mató un hombre excesivamente fuerte, o fueron dos los que hicieron el trabajo. ¿Desea ir a la policía ahora?

Vaciló. La idea no parecía gustarle en absoluto.

—¿Cree usted que debo presentarme?

—Naturalmente. Tarde o temprano darían con usted y entonces sería peor. Además, no puede usted seguir escondida por mucho tiempo. Necesita cuidar de sus negocios... Y, lo que es más importante, no tiene nada que temer de la policía. Le molestarán un poco con sus preguntas, pero la cosa no pasará de ahí.

—Tal vez tenga razón, pero creo que no me comprende. No es a la policía a quién temo, usted sabe, sino al hombre que estuvo amenazándome...

—Opino que no debe tener miedo. Ese tipo, sea quien sea, ya ha

conseguido lo que quería. Antes de matar a míster Sullivan se apoderó de lo que andaba buscando. Seguro que ya no siente ningún interés por usted.

—Si eso fuera cierto...

—¿Quiere que la acompañe a ver al teniente Toole?

—¿Lo conoce usted?

—Sí. Es decir, hasta donde es posible conocer a un policía. Hemos tropezado algunas veces. Pero no es mal individuo, una vez sabe uno cómo tratarle. En realidad, no es tan pero como él mismo quiere dar a entender.

—Está bien, iré con usted. Voy a arreglarme un poco.

Esperé. Me convenía llevarla conmigo para limar viejos roces. Toole no había olvidado todavía mi actuación en el caso de Grogan, cuando le había escamoteado un culpable. De alguna manera tenía que arrancarle esa espina. Y simulando colaboración, era el mejor sistema.

Media hora más tarde estábamos ante él como dos colegiales ante su maestro. El teniente nos miró sin poder ocultar su sorpresa. No podía hacerse a la idea de que yo mismo le trajese a la mujer.

—Trátela bien —dije—, o tendrá que entendérselas conmigo.

Sonrió. Luego murmuró:

—Sólo se trata de hacerle unas preguntas. En cuanto a usted, Cameron, será mejor que pase a ese otro despacho y redacte su declaración.

—Muy bien, pero dígame usted, teniente, ¿por qué ha mantenido silencio sobre la muerte de Nancy Silk?

Pareció desconcertado.

—¿Sabe ella...? —empezó, indicando a Dorothy algo turbado.

—Naturalmente.

—Bien, no es nada que le importe a usted, pesquisa, ahora que ya está fuera del caso. Pero quiero ver qué pasa con el asunto del maletín. Tal vez consiga algo.

—Lo dudo, pero usted sabrá lo que hace.

Salí y me enfrenté con un taquígrafo, al que estuve dictándole un buen rato. Al acabar esperé a que mi declaración fuera pasada a máquina para poder firmarla, de manera que perdí toda la mañana.

Dorothy terminó un poco antes que yo. Sin embargo la encontré esperándome en compañía del teniente. Éste comentó:

—Seguimos igual que antes. Lo de ese hombre que la amenazó no nos sirve de mucho...

—¿Qué hay de aquel sello?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Diablos, teniente. Fui yo quien lo encontré, ¿no es cierto?

—Pero está usted fuera del caso.

—¿Tengo que tragarme la curiosidad también?

—Okey, Cameron, espero que eso le alegre. Ese pedacito de papel vale exactamente cincuenta mil dólares.

Pegué un respingo. No podía creerlo.

—¡No es posible! —exclamé.

—Ya lo creo que lo es. Hemos consultado con un experto. Esa cifra es la última cotización en la bolsa filatélica, aunque, según ese experto, ese sello debería estar en Europa. Nadie sabe que se haya puesto a la venta.

—¿Indica eso que ha sido robado?

—Es lo más probable. Ya lo averiguaremos. Y ahora, hasta la vista, entrometido. Espero no volver a verle en mucho tiempo.

—No esté muy seguro de eso.

Estreché su mano. Se inclinó ante Dorothy y los dos abandonamos la sede policíaca y nos encontramos en la calle un poco desconcertados.

—¿Quiere que la lleve a alguna parte, *mistress* Sullivan?

—No... Voy a comer en cualquier lado y luego regresaré al hotel. Más tarde quizá vaya a la tienda...

—¿No va a volver a su piso?

—No por ahora. El teniente me ha dicho que han precintado la puerta. Y tampoco deseo volver allí. Creo que buscaré otro apartamento.

—Comprendo. Bien, de todos modos he de devolverle la llave...

Se la entregué y ella la guardó con indiferencia. Fuimos andando hacia donde tenía el coche estacionado, y ya en él dije:

—¿Aceptaré comer conmigo? Ya sé que llamo la atención con ese pegote en la cabeza, pero me parece que usted necesita compañía, Dorothy.

—Gracias... Sí, acepto. Ya me ha dicho el teniente que estuvieron a punto de matarle, *míster* Cameron...

—El tipo aquel pegó con ganas. Pero tengo la esperanza de que

algún día ajustaremos cuentas.

Conduje despacio en busca de un restaurante. Ella se mantenía callada a mi lado, pensativa. De pronto comentó:

—Nunca supe que había aquel escondrijo detrás del espejo. Percy debió construirlo durante mi viaje a Miami...

—Me gustaría saber qué guardaba en él.

Detuve la marcha y entramos en un pequeño establecimiento italiano, Elegí los platos y respeté el silencio de mi compañera hasta que fue ella quien habló.

—Lo siento, míster Cameron —dijo—. Temo que le aburra con mi compañía. No tengo deseos de hablar... Yo...

—No importa —la tranquilicé—. Me basta con mirarla.

—Muy amable. ¿Por qué le ha preguntado por un sello al teniente?

—Cayó del bolsillo del hombre que me atacó. Parece que se trata de un ejemplar robado a algún coleccionista europeo... Por eso le he preguntado antes a usted si su esposo traficaba también en sellos.

—Comprendo.

Ya no volvió a hablar en toda la comida. Sin embargo, noté cómo a medida que pasaba el tiempo iba tranquilizándose. Su rostro perdió la tirantez, desaparecieron las leves arrugas de su alta frente y en sus ojos volvió a bullir la expresión de vivacidad.

Después que el camarero hubo retirado el servicio, y tras encender los cigarrillos, dije:

—Tendrá que venir a mi oficina para devolverle parte de su dinero. No he llegado a ganarme la totalidad.

—Olvídese de esto. De alguna manera tengo que pagarle los golpes recibidos. O su amable invitación... No sé, no quiero ese dinero.

—Está bien, usted es quien manda, a pesar de que ya no es mi cliente... A propósito, ¿le disgustaría mucho llamarme Max a secas? Ahora ya no trabajo para usted...

Sonrió animadamente.

—De acuerdo. Lo haré.

La acompañé a la librería en lugar del hotel. Vi que era un establecimiento bastante grande y bien montado. Delante de la puerta me despedí de ella, diciéndole:

—Si me necesita no dude en llamarme, Dorothy. Igualmente, hágalo si se encuentra demasiado sola. Ya sabe que, a menos que tenga algún encargo entre manos, no tengo nada que hacer.

—Gracias, Max.

Me gustó oír mi nombre en sus labios. Semejaba una música. Estreché su mano y el contacto de su piel, cálida y suave, penetró en mi sangre igual que una descarga eléctrica.

—La veré alguna vez, aunque no me llame —aseguré.

Volvió a sonreír, soltó su mano y entró en la tienda. Tras una vacilación, volví al coche y emprendí el rumbo de la oficina. El caso, para mí, estaba terminado.

Pensé qué no podía quejarme. Quinientos dólares no era una cantidad nada despreciable, y después de todo, el asunto no había resultado un vulgar lío doméstico. Si algo no había sido era vulgar.

Claro que mi cabeza había pagado las consecuencias de esa falta de vulgaridad, pero me consolé pensando que peor hubieran podido irme las cosas.

Bien, al diablo. Lo importante era que, a no tardar, volvería a ver a Dorothy. Por ella se podía recibir algún coscorrón de vez en cuando.

CAPÍTULO V

Durante dos días no sucedió nada. Los pasé entre mi oficina, el bar de la esquina, y discutiendo con Terry Fisher, el reportero del «Tampa Sun», que estaba empeñado en arrancarme la cabellera por no haberle concedido la exclusiva de mi experiencia en casa de Sullivan. La noche del segundo día, después de cenar, estábamos en el bar donde solían congregarse todos los plumíferos de la ciudad, y Terry, con más *whisky* en el cuerpo del que podía resistir, gruñía una y otra vez:

—Eso me servirá de escarmiento para cuando vuelvas a pedirme ayuda, Max... Tener una información en exclusiva al alcance de la mano y tener que enterarse cuando ya...

—Olvídate de esto, Terry —le interrumpí, fastidiado—. No era nada sensacional. Ya sabes que cuando el asunto vale la pena tú tienes tu reportaje. No tienes más que recordar el caso Grogan.

—Eso es agua pasada y yo tengo que comer todos los días.

—No esperes que sea yo quien te proporcione la comida.

—Vete al infierno.

—Okey.

Callamos. Vací mi vaso, aburrido. Pensé en ir a cualquier cine para terminar la noche. Antes de decidirme, Terry volvió a la carga:

—De todas formas, Max, en este asunto hay algo que no me gusta.

—¿Sí?

Llamé al mozo y encargué dos copas más. Pensativo, Terry parecía sumido en hondas meditaciones. Salió de ellas para hacer los honores al nuevo *whisky*, y después habló otra vez:

—No me gusta la actitud de la policía. Se reservan algo importante relacionado con el caso Sullivan. Te apuesto a que Toole tiene un triunfo en la manga.

—Tal vez. ¿Por qué no vas y se lo preguntas?

—Tú tienes sentido del humor, polizone —sentenció—. No hay nadie capaz de arrancarle una palabra a Toole si él no quiere soltarla.

—En ese caso déjame en paz, plumífero, y bébete el *whisky* que te queda. No voy a pagarte otro.

Refunfuñó algo entre dientes, pero vació el vaso sin respirar y después se levantó.

—Aunque no lo creas —masculló, no muy seguro sobre sus piernas—, me has dado una idea. Ya nos veremos.

Salió esforzándose por andar erguido. Acostumbrado a las extrañas reacciones del reportero, le vi desaparecer de mi vista sin experimentar sorpresa. Sin embargo, y mientras pagaba las bebidas, no pude menos que pensar las veces que Terry había logrado sensacionales reportajes gracias a sus absurdas corazonadas.

Acabé metido en un cine, donde para colmo de mis males, dieron una película inaguantable. Salí de allí prometiéndome no volver a entrar jamás en un cine sin mirar antes lo que ponían.

Al tercer día las cosas volvieron a moverse. Para empezar, cuando llegué a mi oficina, el teléfono estaba escandalizando como un desesperado. Lo descolgué, y la cálida voz de Dorothy Sullivan alegró mi oído. Era un buen principio para el día.

—¿Tiene usted algo que hacer, Max? —preguntó sin rodeos.

El corazón me dio un vuelco.

—Nada en absoluto.

—Me gustaría que viniera usted aquí a la librería... Hay algo que deseo enseñarle.

—Encantado. Estaré con usted dentro de diez minutos.

Colgué. Estaba intrigado. ¿Tenía realmente algo para mostrarme o era un pretexto para reunirnos? Deseé que fuera lo último. Una mujer como Dorothy, que llevaba tiempo sin acercarse a su marido, necesitaba el calor de una amistad masculina. Y yo estaba dispuesto a proporcionárselo.

Conduje el coche como si me persiguieran, y diez minutos más tarde entraba en la pequeña oficina de la librería.

—Siéntese, Max —dijo, mirándome.

—Le confieso que estaba impaciente por verla, Dorothy.

Sonrió. Sus sonrisas resultaban casi turbadoras, tal vez porque sus labios parecían invitar al beso.

—He encontrado algo sorprendente —empezó—. No sabía qué hacer, si llamarle a usted o al teniente.

—Al teniente jamás —exclamé, escandalizado—. ¿De qué se trata?

Abrió un cajón de la mesa y tomó algo delicadamente entre sus dedos. Cuando lo mostró casi di un salto. Era un sello viejo.

Lo contemplé fijamente, pero pude ver que no era igual que el otro, sino que su color era distinto y también su valor. Éste era de un centavo.

—¿Cree que tiene importancia? —preguntó ella.

—Apuesto a que sí. Y si es valioso, eso relaciona a su esposo con el tráfico filatélico. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Dentro de un sobre, en la caja fuerte. Estaba escondido en un rincón, entre unos libros de contabilidad.

—¿Qué piensa hacer con él?

—Francamente, no lo he pensado todavía. ¿Qué me aconseja usted?

—Ante todo debería averiguar el valor real de esta estampita. El que está en poder de Toole vale cincuenta mil dólares. No me sorprendería que éste se cotizase igual.

—¿Quiere decir que podría cobrar por él cincuenta mil dólares?

Me miraba tan sorprendida que daban ganas de reír.

—Es posible.

No podía creerlo. Estaba emocionada. Pero de pronto bajó de las nubes y su rostro se oscureció.

—¿Y si es robado, Max?

—Entonces tendrá que devolverlo.

—Sí, claro... Era demasiada suerte para mí.

—Usted merece esa suerte y mucha más, Dorothy. Pero si el sello es robado es necesario devolverlo.

—De acuerdo. ¿Quiere encargarse usted de averiguarlo?

—Con mucho gusto, pero con una condición. Que cene conmigo esta noche.

Sonrió. De nuevo sus labios me hicieron soñar. Asintió:

—Acepto, Max...

Guardé el sello en la cartera, pero antes de irme le pregunté:

—¿No habrá más sellos por aquí, eh? No me sorprendería que en alguna parte apareciera toda una colección.

—Lo miraré... Necesito tiempo para poner todo esto en orden. Quiero convertirme en una mujer de negocios, Max.

—Pero que los negocios no le hagan olvidar el placer...

Me despedí de ella. Recordaba que a poca distancia de donde tenía mi despacho existía un pequeño comercio especializado en filatelia. Allí me encaminé, pero como dio la casualidad de que había un sitio libre en el estacionamiento frente a la oficina, detuve allí el coche y subí arriba por si había llegado algo durante mi ausencia.

No encontré nada, pero cuando ya me iba el teléfono empezó a llamar.

Lo tomé.

—Cameron al habla —dije.

—Aquí Terry —aulló el reportero. Estaba excitado por algo—. Gracias por tu idea, pesquisa.

—¿Mi idea?

—Naturalmente. He hablado con Toole.

Pegué un respingo.

—No me digas que has conseguido hacerle hablar.

—No abiertamente. Pero algo le he sacado, aunque él no sabe que yo he comprendido.

—¿Qué has comprendido? —indagué, interesado.

—¿Te gustaría saberlo, Max?

—Naturalmente.

—Pues adivina... Colaboración por colaboración.

Y colgó el auricular. Maldije en voz alta, pero después pensé que, estando yo fuera del caso ya no importaba lo que Toole pudiera saber. De todas formas, ya le devolvería la pelota a Terry a no tardar.

Bajé a la calle y fui hasta la tienda de filatelia. Detrás del diminuto mostrador lucía su cara aburrida, un empleado de aspecto insignificante, con gruesos lentes y manos blancas y delicadas.

Me saludó cortésmente y quiso saber qué deseaba. A pesar de su aspecto no resultó muy amable conmigo. Tal vez fuese debido a que mi tipo no se parece en nada al de cualquier coleccionista.

Empecé por colocar cuidadosamente el sello ante sus narices y le pregunté:

—¿Cuánto vale este papelito, amigo?

Se inclinó. Vi cómo abría la boca, se enderezaba luego y trataba de hablar sin conseguirlo. Estaba pálido y nervioso. Sus manos temblaban.

—¡Santo Dios! —balbució—. «¡El Centavo Azul!».

—¿Y bien?

De pronto cambió de actitud. Sus ojos relucieron tras los gruesos cristales de los lentes y me miró de manera acusadora. Se retorció las manos, casi frenético. Su voz resultó algo ronca cuando quiso saber:

—¿De dónde lo ha sacado?

—Un viejo coleccionista quiere venderlo. ¿Quiere decirme de una vez cuánto se puede dar por él?

—¿No lo sabe usted?

Comencé a perder la paciencia.

—¿Es usted idiota, amigo? —Gruñí—. Si lo supiera no estaría perdiendo el tiempo contemplando su cara.

—Y ese coleccionista... ¿Tampoco sabe el precio?

—¡Maldito sea! —estallé—. Hable claro de una vez. Le pregunto el precio, no le pido que lo compre. ¿Me lo dice o tendré que arrancarle las palabras a golpes?

Eso no le gustó. Muy digno, se echó hacia atrás y masculló:

—Según la última cotización internacional, el «Centavo Azul» está valorada en setenta y cinco mil dólares.

Estuve a punto de caer de espaldas y las paredes empezaron a girar a mi alrededor. El dependiente añadió:

—Eso no quiere decir que sea éste el precio real de este sello. Si da usted con un coleccionista interesado en comprarlo puede incluso sacar más dinero. En cambio, en un comercio forzosamente le darán mucho menos, pero, sin duda alguna, podrá cobrar entre sesenta y setenta mil.

—¿Qué tiene este sello para que tenga ese valor? —Logré preguntar, no muy seguro de mi voz.

—Es único... por lo menos, que se sepa no hay otro ejemplar. Pertenece a una tirada de los primeros sellos editados en mil ochocientos cuarenta y dos por el Gobierno. Pero los azules salieron con un ligero defecto y fueron destruidos. Sólo se salvaron ocho o diez, y a través de los años han ido perdiéndose hasta quedar solamente Un ejemplar que, según es creencia general, estaba en

poder de un filatélico europeo.

—Pues ha saltado el charco —dije, guardando el pequeño papelito en la cartera.

—Escuche —saltó el dependiente—. Voy a comunicar con mi hermano. Es uno de los mejores expertos del país en filatelia... Tal vez podamos hacer negocio usted y yo... Le pagaría el máximo posible y...

—Comunique con su hermano. Ya volveré por aquí esta tarde... o quizá mañana.

Abandoné la tienda sin perder tiempo. Pude ver al hombrecillo precipitarse al teléfono como si fuera a llamar a los bomberos.

No lograba salir de mi asombro. Semejante fortuna por un sello. Estaban locos, completamente locos.

Sin embargo, cuando empezaba a pensar con calma, había un detalle un tanto sorprendente. Tanto el sello que yo tenía como el que obraba en poder de Toole, debían haber estado en Europa. No obstante, estaban en Tampa, Florida... ¿Por qué?

Regresé a mi oficina y deposité el sello en la caja fuerte. No quería correr riesgos con él. Luego, y tras llenar un vaso hasta los bordes, encendí un cigarrillo, coloqué los pies sobre el escritorio y empecé a pensar con calma y metódicamente.

Así dejé transcurrir el resto de la mañana, y no puedo decir que las conclusiones a que llegué tuvieran nada de satisfactorias. Incluso experimenté la tentación de colaborar con la policía sin esperar nada a cambio, que era a lo último que podía llegar. Mas rectifiqué a tiempo y decidí probar suerte por mi propia cuenta.

Recordé el nombre que había escrito en el envoltorio del sello de tres centavos: Andrew Dugan. Saqué la guía telefónica y busqué ese nombre.

Tomé nota de su dirección y teléfono. Empecé por marcar el número y esperar.

Una voz de hombre preguntó:

—¿Quién llama?

—¿Hablo con míster Dugan?

—Sí.

—Tengo entendido que es usted filatélico, ¿no es así?

Noté una corta pausa antes de volver a escuchar su voz. Entonces dijo:

—Sí, tengo una valiosa colección. Pero ¿quién es usted?

—No importan los nombres. Lo que sí importa es saber otra cosa, por ejemplo, ¿le han ofrecido algunos sellos de gran valor estos últimos tiempos?

—¿Por qué tengo que responderle? ¿Es usted policía?

—Algo semejante, si eso le gusta más. ¿Le han ofrecido el «Centavo Azul» por casualidad?

—¿Qué? ¿El «Centavo Azul»?

—Ese mismo.

Tardó en responder:

—No sé quién es usted, pero le diré que ha estado aquí la policía interesándose por sellos valiosos... ejemplares únicos en el mundo. Según opinan, son sellos robados...

—¿Pero le ha preguntado por ese que yo le ofrezco?

—¡Cielos! ¿Lo tiene usted?

—Naturalmente.

—¡No es posible!

—Estamos perdiendo tiempo, amigo. Tengo ese ejemplar y está en venta. ¿Le interesaría a usted?

—¿Es robado?

—¿Cambiaría las cosas si lo fuera? Imagino que los polizontes le han dado órdenes terminantes para que les comunique a ellos cualquier oferta que reciba. Pero el negocio es el negocio.

—¡Oh, al diablo el negocio! Lo importante para mí es poseer este ejemplar... ¡El «Centavo Azul», Dios santo! ¿Cuánto pide por él?

—Tengo entendido que su valor actual es de setenta mil dólares.

—Eso es mucho dinero... demasiado... y si el sello ha sido robado...

—Nada de robado.

—Escuche, quiero verlo antes de cerrar ningún trato. Tráigamelo y...

—Ni lo sueñe. No pienso correr riesgos inútiles. Puedo encontrarme con la policía esperándome en su casa.

—¡No diga tonterías! Quiero el sello, ¿no se da cuanta? Eso me convertiría en un coleccionista único... El más importante del país...

—Setenta mil, míster Dugan.

—He de ver el sello primero.

Callé y aproveché para reflexionar rápidamente. Desde luego, no tenía la más mínima intención de vender aquel pedazo de papel, pero quería llegar hasta el fondo del asunto. Luego, si el sello había sido robado, siempre quedaba la esperanza de una recompensa por su devolución.

—Iré a verle, míster Dugan. Entonces hablaremos.

—Muy bien, pero tráigame el sello, por favor.

Colgué. Terminé los restos del *whisky* y seguí pensando. Había algo en todo el asunto de la filatelia que no encajaba en mis teorías. Si alguien hubiese robado en Europa unos ejemplares tan valiosos como el del teniente y el que yo guardaba, el robo se hubiera sabido. Los periódicos habrían explotado el tema. No encajaba.

Salí el tiempo justo para comer y enseguida regresé a la oficina. Desde allí llamé a Dorothy, y cuando escuché su voz pregunté:

—¿Ha encontrado algo más, Dorothy?

—No, nada más. Y le aseguro a usted que he buscado con mucho cuidado.

—La creo. Bien, ¿sabe lo que vale el sello en cuestión?

—Dígamelo...

—Setenta mil pavos.

Soltó una especie de gemido emocionado. Después chilló:

—¡Max, eso es una fortuna!

—Con calma, querida. Hasta el momento, todo hace creer que el sello es producto de un robo.

—¡Oh, Max!

—Seguiré indagando. Tal vez tengamos suerte.

—Está bien, lo dejo todo en sus manos. Ya me contará todo esta noche.

—Hasta entonces, Dorothy...

Colgué, esperé un instante y marqué el número de «Tampa Sun». Pero Terry no estaba allí ni sabían cuándo aparecería por la redacción. Tenían la impresión de que andaba detrás de algún reportaje importante.

Di las gracias y colgué.

Eran las cuatro cuando cerré la oficina y salí a la calle. Me pregunté qué tal sería Andrew Dugan...

CAPÍTULO VI

Sin duda era impresionante. Alto, delgado, con esa aristocrática distinción que hace que un hombre destaque entre los demás. Respiraba dinero por todos los poros.

Me recibió amablemente, aunque sin ocultar cierta prevención hacia mí. El asunto de los sellos robados parecía inquietarle un tanto.

—¿Ha traído usted el «Centavo Azul»? —quiso saber en cuanto me hube acomodado.

—No.

Su rostro cambió.

—Hemos quedado que lo traería —dijo, sin ocultar su disgusto.

—No piense usted que voy a ir de un lado a otro con ese sello en el bolsillo. Vale demasiado dinero para correr riesgos.

—En ese caso, no comprendo a qué ha venido. No haré ningún trato con usted sin ver previamente ese ejemplar.

—Pero podemos sentar las bases para ese acuerdo. ¿Usted sabe quién lo ha tenido hasta ahora?

—¿No lo sabe usted?

—Yo he preguntado primero, míster Dugan.

Refunfuñó, nervioso. Pero acabó por hablar:

—Un coleccionista europeo. Inglés para ser exactos. Aunque corrió el rumor de que este y otros sellos se habían perdido durante un bombardeo, en la última guerra. Por eso es tan importante el «Centavo Azul». Sólo existe un ejemplar.

—Comprendo. ¿Sabe usted qué otros sellos se perdieron en ese bombardeo?

—Tengo una lista en alguna parte, pero no puede hacerse mucho caso de ella. El coleccionista británico declaró al final de la guerra que los sellos seguían en su poder. Aseguró que los había recuperado.

—Entonces, míster Dugan, usted está dispuesto a comprar el sello. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Aun suponiendo que fuera robado?

—Sí.

—¿En setenta mil pavos?

Sus ojos relampaguearon. Noté cierta crispación en sus facciones. Pero repitió el monosílabo:

—Sí —pero añadió, rápido—. Naturalmente, quiero examinar el ejemplar previamente.

—Naturalmente.

—¿Cuándo podrá traerlo?

—Hoy. Esta visita solamente ha servido para estar seguro de que no estaba esperándome la policía.

—No quiero ver a la policía metida en esto —exclamó con vehemencia.

—De acuerdo —asentí—. Más tarde, quizá al anochecer, le traeré el «Centavo Azul». Pero recuerde que quiero cobrar en metálico. Nada de cheques.

—Tendré el dinero preparado.

Nos despedimos. Al estrechar su mano la encontré tan helada como un témpano. Pensé si sería debido a la emoción de su próxima compra...

Eran exactamente las cinco menos cuarto cuando la puerta se cerró detrás de mí. Me alejé por la acera, pero al llegar a la esquina atravesé la calle, entré en el coche y allí me quedé, esperando pacientemente, fumando y pensando.

Esperé hasta las cinco y media. Míster Dugan no apareció. Era exactamente lo que había supuesto.

Apreté el arranque y aparté el coche de la acera, alejándome de allí. Mientras conducía iba pensando que, a pesar de su aristocrático aspecto, yo no creía que Andrew Dugan tuviera en su casa setenta mil dólares en metálico. Era un detalle a tener en cuenta.

Mi próxima visita fue al bar donde casi siempre era posible encontrar a Terry, pero esta vez fallé. Su ausencia era un claro indicio de que, realmente, andaba detrás de un reportaje sensacional. No me gustó la cosa.

Contrariado, volví al coche y me interné por los barrios menos

recomendables de la ciudad, esos lugares que las guías turísticas no mencionan jamás. Al llegar a cierto punto abandoné el coche, cerré las portezuelas con llave, y seguí a pie.

No estaba muy seguro de encontrar a quién buscaba. Era muy pronto todavía para que los habituales concurrentes de los tugurios que infestaban aquellas calles dieran señales de vida. Sin embargo, comencé a recorrer antro tras antro, bebiendo infames *whisky*, preguntando aquí y allá.

Hasta que mi constancia obtuvo su premio.

En una especie de cueva apenas alumbrada lo encontré. Estaba sentado, solo, en un rincón y sus mortecinos ojos permanecían fijos ante sí, como abstraído en profundos pensamientos. El vaso que había sobre la baja mesita estaba vacío.

—Hola, Pops —dije, al tiempo de sentarme ante él.

—¿Cómo te va? —Gruñó.

—No puedo quejarme. ¿Quieres beber algo?

Dibujó una mueca de disgusto en su fea cara y farfulló:

—¿Tú qué crees? Necesito beber si he de aguantarte más de un minuto.

Empezaba la representación. El alma teatral del hombrecillo estaba ya en funciones.

Llamé al mozo y pedí dos doubles. Esperé a tenerlos sobre la mesa antes de iniciar el asunto.

—Escucha, Pops —empecé—. Puedes ganarte cincuenta pavos en menos de una hora. ¿Qué te parece?

—Nunca saldrás de la miseria.

—¿Qué?

Me miró con miseratativamente. Cada vez que tenía que enténdermelas con él, el diálogo era una fuente de sorpresas. Añadió:

—No conseguirás nunca manejar más que centavos.

—Cincuenta dólares son algo más que centavos, creo yo.

—Miseria.

—¿Es que has dado algún golpe importante últimamente?

—¿Con la policía pegada a mis talones? —refunfuñó—. Los llevo locos, Max. No duermen pensando en mí...

Yo dudaba de que la policía se acordase siquiera de su nombre, pero si él quería darse importancia no iba a ser yo quien le

amargase el día.

—Ya lo sé —afirmé—. Pero tú eres lo bastante listo para sacudírtelos cuando te convenga.

—Eso es verdad —rió, satisfecho—. Pero me entorpecen, ¿sabes? Ahora mismo tengo un asunto en perspectiva que...

—Olvídalo. No me interesan tus asuntos. ¿Quieres los cincuenta machacantes, sí o no?

—Depende del trabajo.

—Sencillo. Pero no empieces a pedir un centavo más porque no lo verás ni de lejos. Quien paga los gastos esta vez soy yo, ¿comprendes? No hay ningún cliente más.

—Bueno, bueno, menos lloros. ¿Qué esperas que haga?

—Tendrás que cubrirme mientras yo realizo un trabajo. Escucha...

Estuve hablando casi media hora. Era preciso remachar bien las cosas con Pops. A pesar de que está considerado como uno de los más hábiles «revienta-pisos» de toda la costa, su intelecto es lento y duro. Cuesta meterle en él las ideas. Por lo visto, toda su inteligencia la emplea en autoconvencerse de que es el delincuente más importante del país. Actúa siempre como si fuera Al Capone y tuviera detrás de él a toda la policía del Estado.

Cuando hube expuesto lo que esperaba de él masculló:

—Eso puede resultar peligroso, Max.

—Ya lo sé.

—Por lo tanto, cincuenta dólares me parecen una miseria para ese trabajo.

—Yo tengo otro concepto de la miseria.

—Cien.

—Cincuenta.

Suspiró:

—Escucha, Max —dijo, suplicante—. Lo que pretendes de mi puede costarme la piel, ¿no te das cuenta?

—No dramatiques. ¿Olvidas que no hay auditorio a tu alrededor? Yo te conozco muy bien.

—Digas lo que digas, es peligroso.

—No tanto si eres listo. No recibirás ningún balazo, si es eso lo que temes.

—No me refiero a eso. ¿Crees que me dan miedo los tiros? ¡Bah!

—¿Entonces...?

—Supón que mato a alguno. Yo me conozco, tú sabes, y eso puede llevarme a la cámara caliente.

Estuve a punto de echarme a reír, pero tuve qué aguantarme. Necesitaba a Pops.

—Nada de eso. Y ya empiezo a cansarme. ¿Aceptas o no?

—Bueno... pero sólo para hacerte un favor. ¿Cuándo empezamos?

—Te esperaré en mi oficina dentro de una hora. Confío en ti, Pops.

Eso le gustó. Le vi pavonearse como un pavo real y cuando me levanté dijo pomposamente:

—Ya sabes que yo no fallo nunca. Puedes irte tranquilo.

Le dejé allí, sumergido en su papel de gran hombre.

Regresé al coche y de nuevo intenté localizar a Terry. Esta vez tuve más suerte. El reportero estaba en su despacho, cosa rara en él.

Colgó el teléfono cuando entré. Una sonrisa de burla se extendió por toda su cara.

—Siéntate, Max —invitó cordialmente, pero con burla—. Veo que te ha preocupado mi éxito.

—No sé nada de ningún éxito. ¿Qué es eso tan importante que has encontrado?

—¿Esperas que te lo diga?

—Seguro que me lo dirás. Terry.

—Sigue soñando.

—¿Es tu última palabra?

—Exactamente. A mí no puedes escamotearme un reportaje y esperar luego que te ayude. Ya deberías saberlo.

—¡Qué lástima! —dije, levantándome de la silla—. Pensaba que te interesaría lo que sé...

Eché a andar hacia la puerta. El esperó a que mi mano estuviera en el tirador antes de estallar:

—¡Está bien, maldito seas! Vuelve aquí.

—¿Qué te pasa ahora?

—¿Quieres decirme con todo este teatro que tienes algo importante para mí?

Sonreí irónicamente.

—Tengo algo más que importante —afirmé—; pero no para ti.

Se levantó de un salto y vino hacia mí.

—Vamos, Max, no seas idiota, ¿no comprendes que todo era una broma?

—¡No me digas!

Me arrastró otra vez hacia la silla y me sentó a la fuerza. Después dio vuelta a la mesa y abrió un cajón, sacó una botella y dos vasos de papel y dijo cordialmente:

—Tenemos que celebrarlo... Un trago creo que te sentará divinamente.

—¿Pretendes sobornarme con un trago?

—No seas idiota... ¿Qué asunto es el que tienes entre manos?

—¿Qué le sacaste al teniente Toole?

—Bueno, Max, ya sabes que yo...

—No quiero discursos. Terry. Al grano.

Suspiró.

—Por lo menos me gustaría estar seguro de que tienes realmente algo interesante —masculló—. Te conozco, Max, y sé que eres capaz de armar un *bluf* gigantesco con tal de hacerme hablar.

—Tendrás que correr el riesgo, plumífero.

—Sí, empiezo a darme cuenta...

Sirvió el *whisky*. Vació su vaso sin respirar y esperó luego a que yo bebiera también antes de insistir:

—¿Me das tu palabra de que tienes entre manos un buen asunto?

—Sí.

Yo llevaba ya demasiado *whisky* en el cuerpo. Y pensé que era muy temprano todavía para andar dando saltos de carnero, de manera que dejé el vaso y miré al reportero esperando que hablase.

Lo hizo a regañadientes. Dijo:

—Hay un tráfico de sellos robados. ¿Sabías algo de eso?

—Si es todo lo que sabes, creo que estoy perdiendo el tiempo escuchándote.

—Un momento, un momento, Max. Toole se ha puesto en contacto con la policía inglesa... Los sellos de que te hablo procedían de una colección perteneciente a un lord inglés. Durante la guerra su casa fue destruida por un bombardeo y su colección salió volando entre los cascotes...

—Todo eso ya lo sé.

—Bien, pero tal vez no sepas que los ejemplares perdidos le fueron devueltos tiempo después... Alguien los encontró entre las ruinas, los guardó una temporada y finalmente se los devolvió.

Aquí es donde empecé a interesarme de verdad.

—¿Quieres decir que ese alguien, pudiendo haberse quedado con unos sellos que valían una fortuna, los devolvió graciosamente?

—Exactamente. El tipo que se hizo con ellos se dio cuenta que no podía venderlos. Eran ejemplares únicos, y en cuanto hubiera intentado ofrecerlos a cualquier filatélico la policía le habría caído encima como una tonelada de plomo. El lord en cuestión había presentado la denuncia. La policía de todos los países estaba sobre aviso, ¿comprendes? Por eso el tipo los devolvió. El lord retiró la denuncia, le entregó a él una recompensa y todos contentos.

—Muy bien, eso tiene sentido. Ahora, dime: ¿dónde están entonces los sellos robados de que has hablado al principio?

—Uno de ellos en poder de Toole.

—¿Te lo ha dicho él mismo?

—Sí.

—¿Y te ha autorizado a publicarlo?

—Sí.

—Ya veo...

Sorprendido, me miró con ojos de sospecha.

—¿Qué es lo que estás pensando, Max? ¿Hay algo que no encaja?

—Muchas cosas. Si los sellos le fueron devueltos; si la policía inglesa dice que los ejemplares raros están en poder del filatélico... ¿qué diablos de sello es el que tiene Toole?

—Bueno... debe tratarse de alguno que no fue encontrado entonces.

—Narices.

—¿Qué?

—¿Sabes cómo se llamaba el fulano que encontró los sellos desparramados entre los escombros?

—Sí. Y ahí es dónde está mi triunfo, Max. Habla tú y te digo el nombre.

—Te lo diré yo —dije burlonamente—. Percy Sullivan.

Pegó un brinco que por poco tira la silla.

—¡Lo sabías! —aulló—. Lo sabías y me has dejado hablar como

un papagayo...

—Sospechaba algo semejante, pero no estaba seguro. Tú me has proporcionado los detalles que me faltaban. Gracias, Terry.

—Nada de gracias. Informe por informe. ¿Qué es lo que tú sabes?

—Muchas cosas, pero ninguna puede ser publicada todavía.

—Muy bien, lo guardaré, pero quiero saberlo todo.

—Hay otro asesinato relacionado con el de Sullivan. Y un maletín con más de ciento cincuenta mil dólares, y unos vestidos de mujer desaparecidos... y el cuerpo de esa mujer, completamente desnudo en el baño, con un balazo en el corazón...

Sus manos temblaban. Su ágil cerebro estaba viendo ya los titulares.

Cuando pudo hablar, su voz le salió ronca por el entusiasmo.

—¡Por todos los santos, Max! Eso es sensacional, tiene todos los ingredientes para un reportaje de antología. Sexo, suspense, una fortuna en billetes, más misterio... una mujer desnuda con una bala en el corazón... Mi triunfo. ¿Y dices que no puedo publicar nada de esto?

—Ni una palabra.

—¿Cuándo crees tú que...?

—Si me ayudas, podrás escribirlo todo dentro de un día o dos.

—Cuenta conmigo, Max. ¿Qué hay que hacer?

—Primero, averiguar, por medio de Toole, el nombre de ese lord inglés.

—Dalo por hecho. ¿Qué más?

—Ponerse en contacto con el lord y preguntarle sí, entre los ejemplares de su colección, hay uno llamado el «Centavo Azul». Pero todo esto tiene que ser hecho a velocidad de vértigo. Te doy una hora de tiempo.

—¿Una hora? Tú estás loco.

—Utiliza los medios de tu periódico. Tienes línea con Inglaterra, con preferencia sobre cualquier otra, ¿no es así?

—Naturalmente. Pero debo informar al jefe para que pueda hacerlo. Y querrá que le cuente todo el asunto.

—Arréglate como puedas. Una hora, Terry. Me encontrarás en mi oficina.

—De acuerdo... lo intentaré.

Le dejé sumido en un caos de ideas y tomé rumbo a la oficina. Mientras esperaba, utilizaría el tiempo para pensar. Había muchas cosas que no comprendía todavía.

CAPÍTULO VII

Las luces de los escaparates se desparramaban sobre la acera cuando introduje el coche entre las brillantes carrocerías de dos autos estacionados, a media manzana de mi oficina. Instintivamente, realicé las operaciones de aparcamiento, cerré las puertas y eché a andar por la concurrida acera. Mi cerebro trabajaba a toda presión.

Andrew Dugan. Ése tenía que ser mi hombre. Había un detalle que le delataba: los setenta mil dólares. No era lógico suponer que los tuviera en casa, y él no había salido para ir al Banco a retirarlos..., lo cual indicaba que su propósito era apoderarse del sello a toda costa, sin pagar un centavo. Y una conducta semejante no puede esperarse de un filatélico, por muy fanático que sea.

La voz me arrancó de mis medicaciones. Levanté la cabeza y me encontré ante un desconocido. Un tipo alto y delgado, pero de anchos hombros y mirada huidiza.

—¿Qué pasa? —inquirí.

Su voz poseía una calma helada, un tono tan desprovisto de vida que daba escalofríos. Murmuró:

—Tengo un revólver en la mano, apuntando a su estómago. No dude que dispararé a la menor señal de alarma. Ande normalmente, delante de mí, sin apresurar el paso...

En el primer instante quedé tan estupefacto que no atiné a moverme. Semejante atentado en medio de la acera, con gente apretujándose por todos lados, era algo estúpido, incomprensible.

—¿Se ha vuelto usted loco? —Logré articular.

—No, que yo sepa, pero usted demostrará estarlo de remate si no obedece. Tengo órdenes de matarle si no puedo lograr que me acompañe. De usted depende.

—¿Y cree que escapará si dispara en medio de la acera?

—Tanto si escapo como si no, Cameron, a usted ya no le

importará nada. Estará muerto.

Éste era un argumento que no tenía vuelta de hoja. Y todavía añadió, siempre con la misma voz helada:

—Además, la gente se aparta de un hombre con un revólver en la mano. Vamos, eche a andar...

La mano que mantenía dentro del abultado bolsillo osciló significativamente. Tras una última vacilación obedecí, ya que, o mucho me equivocaba, o el tipo estaba perfectamente dispuesto a apretar el gatillo. Sus ojos de pescado no auguraban nada bueno.

Caminé normalmente, sin prisas. Detrás de mí, notaba perfectamente su presencia, tan junto a mí que casi percibía su aliento en mi nuca. Sí, a causa de la gente, aflojaba el paso, inmediatamente sentía la presión en mi espalda.

Hasta que su voz ordenó:

—Acérquese al bordillo...

La portezuela del coche se abrió y me vi obligado a penetrar en el interior. En el rincón más alejado del asiento había un hombre esperando, y detrás de mí se introdujo el que me había capturado. Quedé aprisionado entre los dos, mientras el auto emprendía la marcha conducido por un tercer individuo al que no podía ver más que la nuca.

—Está bien, Cameron, siga portándose con sentido común y todo irá bien —comentó el desconocido del coche—. Hasta ahora es un buen muchacho...

—¿Qué significa todo esto? —pregunté furioso.

—Lo sabrá a su tiempo. Y ahora, por favor, tómelo con calma. Imagino que va armado, así es que...

La presión del revólver aumentó, incrustándose en mis riñones. Una mano recorrió mi cuerpo de arriba abajo y me despojó de mi revólver. Muy educados los dos, demasiado.

—¿A dónde me llevan? —indagué de nuevo.

—Ya lo verá... Tenemos que hablar y necesitamos un lugar discreto para poder hacerlo sin estorbos. Pórtese bien y nada le sucederá...

Llegamos al «lugar discreto» después de una carrera de treinta minutos. Al borde del mar, en un paraje elevado hasta el que llegaba el rumor del oleaje, el coche se detuvo y alumbró un instante con los faros una pequeña construcción de madera. Supuse

que se trataba de uno de esos «*bungalows*» de fin de semana, cómodos y reducidos. Después, los faros se apagaron y mis captores me obligaron a andar hacia la casa a oscuras.

Tal como había supuesto, el interior estaba amueblado con gusto y comodidad, sin nada superfluo ya que el espacio no lo permitía. Tuve que reconocer que aquellos tipos sabían su obligación. No tenía ni la más remota idea de dónde me encontraba.

—Siéntese, Cameron —ordenó el del revólver—. Le prevengo que no conseguirá nada poniendo dificultades a nuestra charla. Estamos dispuestos a conseguir lo que nos hemos propuesto.

—Sin importarnos los medios —añadió el otro.

Bueno, pasé casi un minuto escrutando sus caras, asegurándome de que podría reconocerles más adelante y bajo cualquier circunstancia. Pero no parecía importarles esta posibilidad y eso fue precisamente lo que me hizo pensar...

Afectando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, me dejé caer en una silla y dije:

—O están ustedes completamente locos o se han equivocado de hombre. ¿Qué es lo que andan buscando?

—El «Centavo Azul».

No se habían equivocado. El del revólver añadió:

—Sabemos que lo tiene usted, Cameron, así que es inútil que organice una representación para convencernos de lo contrario...

—¿Qué pasa con el sello? —pregunté—. Naturalmente que lo tengo yo. Pero no pienso soltarlo sin cobrar lo que vale.

—Ahí es donde se equivoca usted, polizante. Nos lo entregará sin cobrar un centavo.

—¿Por qué?

—Porque si se niega morirá —dijo tranquilamente—. Su vida a cambio del sello, eso es todo.

Guardé silencio. La misma tranquilidad de aquella voz, la manera de pronunciar las palabras, fue lo que me convenció de que no eran una simple bravata. Estaban dispuestos a matar. No obstante, había que seguir adelante si quería obtener algo positivo de la situación.

—Creo que se han precipitado ustedes, pistoleros de tres al cuarto. Si me matan no verán jamás el «Centavo Azul». ¿No han pensado en eso?

—Naturalmente que sí. Pero usted no morirá antes de entregamos el sello, Cameron. Tenemos medios para obligarle a entregarlo... naturalmente, medios muy desagradables.

El del revólver se adelantó hacia mí y tomó la palabra:

—Mire, Cameron, no perdamos tiempo. Usted sabe que podemos obligarle a obedecer. No es tan tonto que no comprenda el daño que podemos hacerle. Más, si nos entrega el sello sin armar jaleo, le dejaremos en paz y asunto terminado. Después de todo, el sello tampoco le pertenece.

—No me dice nada nuevo.

—Está bien. ¿Dónde lo tiene?

—En un lugar tan seguro como el Banco de la Nación.

Mi respuesta no les agradó. Pero de momento estaban tanteando el terreno. El granuja comentó:

—Creo que desvaría. Incluso es posible que lo lleve encima... y eso vamos a comprobarlo ahora mismo. Desvístase.

—¿Qué?

—Quítese la ropa. Toda la ropa.

Subrayó la orden mostrándome el revólver.

—Supongamos que me niego... —empecé a decir.

Pero no terminé. El revólver descendió como un rayo y me golpeó en un lado de la cabeza. Sentí una espada de dolor atravesándome el cráneo y caí de lado, derribando la silla conmigo.

—¡Desvístase! —repitió.

Me levanté con dificultad. El mazazo en mí ya castigada cabeza había resultado más de lo que yo podía resistir.

Obedecí la orden y un minuto después estaba tan desnudo como un recién nacido.

Tuve que contemplar cómo registraban toda mi ropa. Cuando no encontraron nada se dedicaron a descoser sin miramientos los forros y los dobladillos de todas las piezas, dejándome el traje hecho unos zorros.

Cuando se convencieron de que estaban perdiendo el tiempo se apartaron un poco de las ropas, diciendo:

—Muy bien, vístase. No es usted un espectáculo agradable...

Esperaron a que estuviera vestido antes de continuar. Entonces, el del revólver volvió a la carga:

—¿Dónde está el sello, Cameron?

—Nunca darán con él...

No sé cómo diablos lo hizo, pero me encontré tendido en el suelo, gimiendo y soltando maldiciones, después de otro trastazo en la cabeza. Empecé a verlo todo borroso al mismo tiempo que una cortina roja parecía extenderse ante mi mirada. Su voz me llegó de muy lejos cuando masculló:

—Si lo quiere así, por nosotros no hay inconveniente. Acabará por hablar. ¿Dónde desea que le atice la próxima vez?

Tras un enorme esfuerzo conseguí sentarme de nuevo. Ya tenía bastante de semejante tratamiento.

—Ustedes ganan —dije—. El sello está en mi oficina, en la caja fuerte.

—Escuche, Cameron; si miente...

—No miento. ¿Para qué? Me gusta conservar entera la cabeza.

—Eso está bien. Iremos a buscarlo.

Se apartaron de mí lo suficiente para que no pudiera escuchar lo que hablaban. Al fin, el del revólver se acercó de nuevo y anunció:

—Le acompañaré a su despacho, Cameron, y me entregará el sello. Si no intenta ninguna jugarreta podrá quedarse allí reflexionando sobre su suerte. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

—Mi compañero me esperará aquí. Si tardo demasiado en llegar iniciará su propia campaña para terminar con usted, aunque esté rodeado por un ejército de policías.

—Déjese de discursos. Lo único que deseo es terminar con esto cuanto antes. Ah, no olvide de llevar mi revólver. No quiero perderlo.

Me empujó hacia la salida. Fuera, y sentado delante del volante, el otro pajarraco parecía una estatua.

Nos pusimos en marcha y esta vez intenté descubrir por dónde pasábamos, pero excepto en un momento determinado, en que me pareció reconocer un cruce, me fue imposible siquiera saber por qué carretera estábamos corriendo.

Cuando el auto se detuvo estábamos en las inmediaciones de mi oficina. El chofer siguió inmóvil, ante su puesto, y el pistolero y yo echamos a andar. Había mucha menos gente por la calle, lo que facilitaba el trabajo de mi vigilante.

Ya en el ascensor, me advirtió:

—Recuerde, Cameron, que si no está aquí el sello y todo ha sido una treta para ganar tiempo, la mataré. No le daré la más mínima oportunidad.

—Siempre es un consuelo —repliqué bruscamente.

No deseaba hablar. Todos mis sentidos estaban tensos y listos para entrar en acción. Si mis cálculos no habían fallado, en mi oficina debían encontrarse Terry y el viejo Pops. Ésos eran mis triunfos.

Y allí estaban los dos. El pistolero se Inmovilizó al darse cuenta, demasiado tarde, de la jugarreta. Pero yo ya esperaba algo semejante, de manera que actué durante la fracción de segundo que duró su estupor. Le golpeé bajo y con toda mi alma, lanzándolo contra la pared, donde rebotó brutalmente.

Terry gritó algo y Pops avanzó hacia mí, no sé si para ayudarme o para sujetarme. Posiblemente creyeron que estaba loco.

Pero cuando vieron la mano del pistolero que surgía armada del revólver, dejaron las dudas de lado. Al mismo tiempo salté sobre el criminal, sujetando su brazo armado. El arma vomitó una llamarada y el proyectil zumbó muy cerca de mi oreja. El estampido retumbó en mi cerebro, sacudiéndolo lo mismo que un golpe.

Rodamos por el suelo antes que Terry cayera sobre el pistolero arrebatándole el revólver. Entonces logré inmovilizarlo y grité:

—¡Tiene mi revólver en su bolsillo, Terry!

Mientras le sujetaba, el reportero le sacó mi revólver del bolsillo.

Bien; la cosa había sido calculada al segundo. Me levanté, sin dejar de tenerlo amarrado, y dije con voz temblorosa:

—Yo también tenía mis triunfos, bastardo...

El tipo no era ningún idiota. Relajó los músculos, como entregándose, y yo aflojé la presa. Entonces me golpeó. Fue un rodillazo capaz de hacer estallar un balón de *rugby* y que me obligó a doblarme hacia el suelo sin resuello, cosa que aprovechó el muy canalla para lanzarse hacia la salida.

Terry gritó:

—¡Quieto o le hago pedazos!

No consiguió detenerlo a pesar de empuñar el revólver. Desconcertado momentáneamente, el reportero empezó a moverse con cierta torpeza, pero Pops, más acostumbrado a esta clase de jaleos, saltó hacia adelante, le arrebató el arma y se lanzó al pasillo.

Terry me ayudó a sostenerme mientras soltaba una sarta de maldiciones. Entonces oímos el disparo. Nos miramos, asustados... y acto seguido salimos lo más aprisa posible.

Al principio de las escaleras, junto al recodo, estaba Pops mirando hacia abajo todavía con el revólver en la mano. Del cañón del arma brotaba una delgadísima columna de humo.

—Lo he tumbado —graznó con voz aguda.

Alargó el brazo. Ni siquiera me di cuenta de que dejaba el revólver en mi mano hasta que ya era demasiado tarde. El reportero miró escaleras abajo y murmuró:

—Pues es cierto. Está tendido de bruces...

Pops, aterrado, me advirtió:

—Todo por tu culpa. Yo me largo, ¿sabes? Tú has organizado todo esto, de manera que tú verás cómo sales del apuro. Con mis antecedentes...

—Vete de aquí ahora mismo —le ordené—, y no quiero saber dónde te encuentras en lo que me queda de vida. Largo.

—Y mis cincuenta machacantes, ¿qué? —me recordó.

—No pierdas tiempo. Te los mandaré un día de estos...

Eché a correr escaleras abajo ante el asombro de Terry. Afortunadamente, la mayoría de oficinas del edificio estaban cerradas a aquellas horas, de manera que los escasos curiosos que asomaron lo hicieron con cierto retraso y no pudieron ver a Pops. Eso me tranquilizó.

Pero Terry masculló entre dientes:

—Estás loco, Max. ¿Quién dirás que ha disparado?

—Yo... Al fin y al cabo era un criminal...

—Me gustará ver la cara de Toole.

Bajamos hasta donde estaba el cadáver. La bala le había entrado por un lado de la cabeza. Mi opinión de Pops y sus habilidades subió algunos enteros. Era un disparo formidable.

—Habrás que llamar a la policía —insinuó Terry.

—Hazlo tú mientras yo doy un vistazo a la calle. Había otro esperando en un coche.

Pero no había ni rastro del auto que me había traído. El chofer debía haber escuchado los disparos y emprendido el vuelo.

Regresé a mi oficina. Tuve que abrirme paso por entre el grupo de curiosos que se había agolpado en el vestíbulo. El portero me

miró acusadoramente cuando llegué al rellano donde reposaba el cuerpo. Le ordené:

—No deje que nadie lo toque hasta que llegue la policía. Yo estaré en mi oficina.

Terry acababa de colgar el receptor telefónico cuando entré. El reportero estaba preocupado y no intentaba siquiera disimular su estado de ánimo.

—Esto nos va a traer un buen lío, Max.

—Ya lo sé —dije—. Pero no podía dejar que Pops cargase con el mochuelo. Él lo ha hecho para ayudarme. Estaba aquí para guardarme las espaldas en una excursión que iba a emprender.

—Pero, bueno, ¿qué diablos te ha pasado, y quién era ese tipo?

Le conté brevemente mi secuestro. Él no apartaba la mirada de mis desgarradas ropas y de la sangre que había brotado de mi cabeza, allí donde el revólver había dejado su marca.

—Desde luego, te han sacudido bien —reconoció—. Y con estas ropas tienes una facha como para ponerte en un escaparate. Espera que te vea el sargento y verás.

Me dejé caer en el sillón que había detrás de la mesa y busqué en el cajón la botella que guardaba allí. El primer trago ardió en mi garganta, haciéndome toser. Después bebí el *whisky* más despacio y el cuerpo me lo agradeció. Repetí el tratamiento.

Después de esto empecé a pensar con más claridad. Saqué el pañuelo lo empapé con *whisky* y lo apliqué a la herida de la cabeza. Escoció como un millón de diablos, y estaba gruñendo maldiciones cuando hizo su entrada la policía.

—Me han dicho que es usted quien ha liquidado a ese de la escalera. ¿Es así?

El patrullero estaba dirigiéndose a Terry, que me miró, azorado.

—He sido yo —intervine—. Mi nombre es Cameron.

—¿Ésta es su oficina?

—Sí.

—¿Dónde está el arma con que ha disparado?

La saqué del bolsillo de la chaqueta y la deposité sobre la mesa. El patrullero se acercó, le dio un vistazo y se enderezó sin tocarla.

—Está bien, pronto llegarán los de la Brigada... Mientras tanto, ninguno de ustedes dos se moverá de aquí.

Me encogí de hombros. Terry quiso saber:

—¿Crees que podré publicar esto inmediatamente, Max?

—No.

—Pero ¿por qué, diablo? Si no lo publico yo lo harán los demás. Ya llevo demasiado tiempo sin hacer nada sensacional y...

—Déjalos que publiquen este tiroteo. ¿Qué te importa a ti? Luego podrás incluirlo entre todo lo demás.

No quedó muy convencido, pero con los dos patrulleros allí no podíamos extendernos en conversación. Guardamos silencio hasta que llegó el teniente Toole, esta vez acompañado por el sargento Cass Grane.

Se quedó en el umbral, mirándome con ojos centelleantes. Luego giró la mirada por el despacho y descubrió a Terry. Sonrió de dientes afuera:

—Las dos lumbreras —comentó con voz helada—. ¿Cuál de los dos ha hecho la faena?

—Yo —dije.

—No sabe cuánto me alegro. Esta vez le tengo cogido, Cameron... Tenía que acabar así.

—¿Acabar cómo?

—Matando a alguien. Hace tiempo lo dije durante una conversación con el sargento. ¿No es cierto, Grane?

—Sí, señor —asintió el aludido. Y añadió—: No había duda en este caso. Cameron es un criminal nato.

—Seguro —intervine—. Un peligro para la sociedad, más destructivo que una epidemia. —Ya veo los titulares de los periódicos y...

—¡Cállese!

El grito semejó un trueno.

—Okey —dije.

—No crea que voy a consentirle el menor truco. Una vez escapó de entre mis manos gracias al fiscal, pero no siempre va a tener esa suerte. Vamos a ver, cuénteme su versión del crimen.

—Nada de crimen. Legalmente no lo es.

—¿No?

—Naturalmente que no. Ese tipo era un asesino. Iba a matarme una vez hubiera conseguido lo que había venido a buscar.

—¡No me diga! —exclamó, zumbón. Se volvió al sargento y dijo con una burlona sonrisa:

—¿Lo ha oído, sargento?

—Sí, señor.

—Pues aún escuchará más historias de miedo como ésta. Cameron es especialista en liar las cosas. Vamos a ver, pesquisa. ¿Qué ha venido a buscar ese tipo?

—Un sello.

Pegó un respingo.

—¿Un qué?

—Un sello. El «Centavo Azul».

—El «Centavo...». ¡Cuernos! ¿Qué cuento es éste?

—Tómelo con calma, teniente —aconsejó Terry—. Cameron está diciendo la verdad, Además, recuerde que mi periódico está muy interesado en este caso de la filatelia.

—O se calla o le saco de aquí a patadas —bramó el policía, exasperado. Y se volvió a mí de nuevo—. Siga con la historia, vamos. Hable mientras pueda. Luego actuaré yo.

—Tengo un sello en la caja fuerte, teniente. Se trata de un ejemplar único al que llaman «Centavo Azul». El hombre que yace en la escalera y otros iban detrás de él y...

—Un momento. ¿Dónde están los otros? No me diga que han estado aquí y han escapado.

—Si me deja hablar a mí sin interrumpirme podremos entendernos —le reproché.

—Bien, adelante.

Le conté cómo me habían capturado y lo que había sucedido después. Le dije también que yo sabía que Terry estaría esperándome, pero no le hablé una palabra de Pops.

Al terminar guardó un instante de silencio, mientras reflexionaba. Luego quiso saber:

—¿Dónde está ese «*bungalow*» adonde dice que le han llevado?

—No lo sé. He intentado reconocer el paraje, pero me ha sido imposible.

—¿Al norte o al sur?

—Al norte.

—¿De dónde ha sacado usted el sello?

Comprendí que iniciaba una especie de interrogatorio oficial, saltando de una cosa a otra en un intento por desconcertarme. Acepté el desafío:

—En realidad —expliqué—, lo encontró Doro... la señora Sullivan, entre los libros de contabilidad de su esposo, dentro de la caja fuerte. Ella me llamó, pidiéndome que averiguase si era de valor y si había sido robado.

—Ya veo. Le llamó a usted, no a la policía, ¿verdad?

—¿Para qué tenía que llamar a la policía? Ella se proponía devolver el sello si descubría que era robado. Yo le había contado lo relativo al sello de tres centavos que posee usted.

—Ya... ¿Cómo era el individuo que se ha quedado en el «bungalow»?

—Más bien bajo, pero robusto. Con una gran cabeza y ojos pequeños y muy juntos. Tiene poco cabello y viste...

—Déjelo. ¿Cómo han podido saber esos tipos que usted tenía ese sello?

—No lo sé.

—Vamos, tiene que haberse formado alguna opinión sobre eso.

—No han dejado que pensara con tranquilidad... ¿Quiere ver el batacazo que me han dado? Todavía sangra —dije, mostrándole el pañuelo ensangrentado.

—Eso no me interesa. Es muy extraño que estuvieran enterados de quién tenía el ejemplar...

—Tal vez cuando he estado en la tienda...

—¿Qué tienda?

Le conté mi visita al comercio de filatelia. De momento no quería hablarle de Andrew Dugan. Ése era asunto mío.

—¿Cree que el dependiente se puso en contacto con los pistoleros para arrebatarle el sello? —preguntó incrédulo.

—¿Cómo puedo saberlo? O él o su hermano pueden haberlo hecho. Ellos sabían perfectamente el valor del «Centavo Azul».

—¿Cuánto vale?

Sonreí.

—Su cotización actual es de setenta y cinco mil dólares.

Quedó sin habla, y hasta los ojos parecieron a punto de saltarle de las órbitas.

—¿Qué diablo de sello es ése para que valga tanto dinero? —balbució al fin.

Abrí la caja y lo saqué, dejándolo sobre la mesa, al lado del revólver. Toole ni siquiera miró el arma, tanta atención puso en

examinar el pequeño trozo de papel azulado.

—Que me aspen —gruñó.

El sargento se había acercado también y estaba inclinado sobre el hombro de su jefe, mirando el sello con ojos muy abiertos.

—Setenta y cinco mil... —murmuró entre dientes.

Terry, nervioso, empezó a decir:

—Pero, Max, no es posible. Yo...

—Tú te callas —le atajé, furioso.

Ni Toole ni el sargento prestaron atención a esto, tan embebidos estaban. Finalmente, y después que Terry se hubo retirado a un rincón, el teniente gruñó:

—Me quedo con el sello, Cameron. Y ahora cuénteme por qué se ha cargado a ese desgraciado.

—Desgraciado, ¿eh? Le he dicho que era un pistolero dispuesto a liquidarme y...

—Cuando usted ha disparado, él huía ya, ¿no es así?

—Eso es cierto, pero yo no quería matarlo realmente, sino solamente herirle para poder echarle el guante.

—Y para herirlo le ha disparado a la cabeza. No sea absurdo.

—No le he apuntado a la cabeza, sino bajo. Pero él ha pegado un salto en aquel instante, ha tropezado y se ha agarrado a la barandilla para no caer, inclinándose hacia adelante para sostenerse. En el mismo momento yo apretaba el disparador, de manera que la bala le ha entrado en la cabeza. Ha sido una lástima.

—Sobre todo para usted, Cameron.

—No se ponga trágico, teniente —repliqué, no muy tranquilo.

—Voy a ocuparme de usted personalmente. No quiero que se mueva de este despacho hasta que yo venga a por usted. ¿Comprendido?

—Muy bien.

Se apoderó del revólver del pistolero, lo examinó ligeramente y preguntó:

—¿Es el de usted?

—No; es el que llevaba el muerto.

—Ajá, desarmado... Bien, Cameron, tengo que echar un vistazo a los muchachos. Luego me lo llevaré... y esta vez está listo.

Abandonó el despacho seguido por su fiel sombra, el sargento Grane.

Terry esperó que se cerrase la puerta y entonces murmuró:

—Ni siquiera me ha hecho una pregunta. ¿Qué crees que está tramando?

—Ponerte nervioso. En cuanto intentes bajar las escaleras sentirás su mano sujetándote por el fondillo de los pantalones. Y entonces te interrogará.

—Que se vaya al diablo. Le diré algo desde las columnas del periódico... Y tú, Max, ¿qué piensas hacer?

Le miré fijo. Alargué la mano y exigí:

—Dame mi revólver.

Vacilando, lo sacó del bolsillo y me entregó el revólver. Ni siquiera lo habían descargado. Lo guardé en la funda.

—¿Qué te propones? —insistió el reportero.

—Largarme.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Sin embargo, tendrás tu reportaje completo si estás esta noche, a las once, en el «Robles», ese tugurio del puerto.

—¡Pero tú has perdido el juicio! —estalló—. Toole te hará pedazos en cuanto te eche el guante.

—Eso no ha sucedido todavía. Y ahora no me hagas perder más tiempo y dime. ¿Qué has conseguido del lord?

—Ahí es donde no comprendo nada. El «Centavo Azul» sigue en su colección. Es uno de los sellos que le fueron devueltos por Sullivan, que entonces estaba en Inglaterra afecto al ejército.

—Ya lo suponía.

—¿Sí?

—Naturalmente. Ahora sé qué contenía el escondrijo del apartamento de Sullivan. Más, dejemos esto de momento. A las once estaré esperándote en un reservado del «Robles». ¿De acuerdo?

—Pero... ¿por dónde vas a salir?

—Por la escalera de servicio, la que conduce al sótano.

Empecé a moverme. Terry me agarró por el brazo antes de llegar a la puerta.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces? —preguntó, asustado.

—Completamente seguro. No olvides mi cita, plumífero.

—Descuida; allí estaré.

—Y ten cuidado que no te siga algún esbirro de Toole.

Me miró con la boca abierta cuando abrí la puerta y salí al pasillo, desierto en aquellos instantes. Le hice un gesto de despedida y cerré la puerta.

Mi licencia estaba en juego. Y si bien lo pensaba, quizá también mi cabeza.

CAPÍTULO VIII

Mi primera preocupación en cuanto llegué a la calle, fue cambiarme de indumentaria. No podía ir por el mundo con un traje hecho cisco, con flecos colgando por todas partes. Así es que, contando con que el teniente tardaría unos minutos en advertir mi desaparición, llamé a un taxi y me hice conducir a mi apartamento.

Estuve allí el tiempo justo de sustituir el traje que llevaba por otro nuevo, trasladé cuanto llevaba en los bolsillos y salí disparado.

Era tiempo. No me había alejado más de una manzana de casas de la mía, cuando un coche se detuvo bruscamente ante el portal. Saltaron de él Toole y el sargento, seguidos de dos detectives de paisano, al mismo tiempo que un auto patrullero doblaba la esquina a velocidad suicida y frenaba también brutalmente. Ninguno de los dos coches había empleado la sirena.

No me hacía ilusiones. Sólo era cuestión de tiempo el que Toole me cayese encima. No era ningún tonto. Su misma celeridad en acudir a mi domicilio lo probaba. Había supuesto acertadamente que iría en busca de un traje y allí estaba.

Me alejé rápidamente. No quise tomar ningún taxi. En realidad, no pensaba dejar ni la sombra de una pista hasta que todo hubiese terminado. Si yo acertaba... Bien, el teniente Toole seguiría esperando su oportunidad de hacerme polvo. Pero si fracasaba, nada en el mundo podría salvarme de sus garras.

Recordé mi cita con Dorothy. No podía cumplirla. Posiblemente Toole la haría vigilar con la esperanza de pescarme. Lo único que podía hacer era llamarla por teléfono.

La encontré todavía en la oficina de su establecimiento. Me pareció que su voz vibraba con alegría alirme. Pero cuando le dije que nuestra cena debía aplazarse, toda alegría desapareció de su tono.

—¡Oh, Max! —exclamó—. ¿Qué es lo que pasa?

—Tengo a la policía detrás de mí. No tengo tiempo ahora de contarte lo que ha sucedido, pero sí quiero decirte algo, Dorothy... Oigas lo que oigas sobre mí, espera a verme para formarte una opinión.

—Me asustas, Max. ¿De qué te acusan?

Comprobé con satisfacción que ella también me tuteaba instintivamente.

—De asesinato —dije.

—¡Max!

—No te asustes. El muerto es un pistolero. Tenía órdenes de matarme una vez le hubiera entregado el sello...

—¿El mío?

—Por lo menos, el que tú me habías dado. Ahora debo colgar, Dorothy. Te llamaré al hotel en cuanto me sea posible.

—¿Esta noche?

—Sí, aunque no sé a qué hora podré hacerlo.

—Esperaré, Max. ¿Qué vas a hacer tú?

—Aclarar todo este embrollo. Quiero tener el caso resuelto para echárselo a la cara del teniente. Es la única manera de librarme de sus iras.

—Por favor, Max... Ten cuidado...

—Lo tendré. Adiós, querida... ¿Sabes? Creo que empiezo a enamorarme de ti.

—Max...

Colgué. Tenía mucho quehacer todavía. Aunque, a decir verdad, nada de lo que quedaba pendiente podía hacerlo antes de las once. Necesitaba cierta ayuda para llevarlo a cabo y ahora no podía contar con Pops. Estaba seguro que, después de lo ocurrido, no habría nadie capaz de echarle la vista encima durante mucho tiempo.

Me dediqué a buscar un bar que no fuera llamativo, pero sí céntrico, y permanecí en él más de una hora, bebiendo y reflexionando. No quería ni pensar que mi teoría fuese errónea.

A las once menos cuarto hacía mi entrada en el «Robles», un establecimiento propiedad de un portorriqueño más escurridizo que el diablo. En su tugurio podía encontrarse todo cuanto uno pudiera desear y algo más, siempre, naturalmente, que el que lo pidiera fuera conocido o recomendado por alguien de confianza. Además, la

otra condición indispensable era que pudiera pagar los astronómicos precios de ciertas mercancías.

Allí me encontró Terry a las once en punto, en uno de los agujeros que hacían las veces de reservados. El reportero estaba pálido y excitado, pero no asustado.

—¿Cómo te ha ido con la policía, plumífero? —le pregunté cuando estuvo sentado.

—No me hables. Toole se daba a todos los demonios cuando ha visto que habías desaparecido. Por poco me encierra a mí por haberlo permitido.

—Bueno, ya le calmaré los nervios. ¿Quieres el reportaje más sensacional de tu carrera?

—¿Para qué cuernos crees que estoy aquí?

—¿Seguro que no te han seguido?

—¡Claro que me han seguido! —exclamó satisfecho—. El teniente no es ningún tonto. Ha puesto a uno de sus sabuesos para vigilarme, pero le he dado esquinazo incluso antes de que hubiera soñado en seguirme.

—Ojalá no te hayas equivocado. Si nos detiene en este momento...

—Olvídate de esto. ¿Qué es lo que te propones?

—Haremos una visita a cierto aristócrata filatélico. O mucho me equivoco, o ése será el final de la historia.

—¿De quién se trata?

—De un tipo llamado Andrew Dugan. Un hombre dispuesto a pagar setenta mil dólares por el «Centavo Azul», sin importarle un bledo si es robado. ¿Qué te parece?

—No me gusta. Un filatélico no haría esto...

—Además, ¿tú crees que un tipo, por rico que sea, tiene setenta mil pavos en metálico en su casa?

—No digas estupideces.

—Bien, pues Dugan debía tenerlos, ya que no se ha preocupado de ir al Banco a retirar el dinero.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he estado vigilándole desde que he salido de su casa hasta después de las cinco, cuando los Bancos ya han cerrado. Y el hombre no ha salido.

—¿Y qué te ha parecido él?

—Un farsante. Espera que le lleve el sello para apoderarse de él a su manera, o sea, sin pagar un centavo. Te apuesto a que los pistoleros que me capturaron trabajan para él.

—Hombre, eso me parece muy improbable. Un coleccionista, por falta de escrúpulos que sea, no se relaciona con asesinos profesionales.

—Dugan no es un coleccionista corriente. Escucha, Terry, ¿es posible que no hayas adivinado todavía cuál es el nudo de todo el asunto?

—Naturalmente —exclamó altivo—. Sellos robados, aunque no comprendo cómo el lord me ha dicho que ese sello tuyo estaba en su colección...

—No ha hecho más que decirte la verdad.

El reportero abrió la boca, estupefacto. Tras un instante de silencio, la cerró de golpe y gruñó:

—¿Me tomas el pelo? Yo he visto el «Centavo Azul» en tu despacho.

—Tú has visto una excelente falsificación —repliqué con calma.

—¿Qué? ¡Diablo! —estalló.

—Eso es. El «Centavo Azul» y el otro sello de tres centavos que está en poder de Toole son falsificaciones. Perfectas, pero falsificaciones.

Terry iba excitándose por momentos. Para él, todo estaba desarrollándose a manera de artículo periodístico. En su mente se formaba ya el reportaje más sensacional que se había escrito en muchos años.

—Explícame todo esto —pidió con voz ronca.

—La mayoría de lo que voy a decirte son suposiciones, pero puedes apostar a que son completamente ciertas. No puede ser de otra manera... Verás, Sullivan encontró un montón de sellos desperdigados entre los escombros de una casa, en Londres. Bien Sullivan no era ningún tonto. Se apoderó de ellos y estudió el asunto. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que aquellos ejemplares no le producirían más que dolores de cabeza y disgustos. El propietario de la colección había presentado la denuncia. Los sellos desaparecidos valían centenares de miles de dólares. Era un asunto importante. La policía americana fue puesta en estado de alerta. Todo el mundo sabía que en ninguna otra parte que no fuese

América había dinero suficiente para comprar los sellos...

—Y Sullivan los devolvió, cobrando una recompensa.

—Naturalmente —dije, sonriendo—. Pero recuerda que tardó más de dos meses en devolverlos, para que el lord retirase la denuncia y la policía dejara de preocuparse del asunto.

—¿Y bien?

—Durante esos dos meses, Sullivan se puso en contacto con algún experto grabador, cualquier desarraigado por la guerra, y éste realizó las planchas para falsificar dos de los sellos, seguramente no de los más valiosos, pero sí de los que obtenían una alta cotización: el «Centavo Azul» y el otro de tres centavos.

—Comprendo... Pensaba falsificar un corto número de ejemplares para colocarlos espaciadamente, en distintos lugares y a coleccionistas que no se conocieran entre sí. ¿Es esa tu idea?

—Poco más o menos. Y te apuesto lo que quieras que ya había colocado algunos. Yo encontré la maleta con ciento cincuenta mil machacantes que forzosamente debían proceder de esas ventas.

Llamé al mozo pedí dos vasos más. El *whisky* me reanimó, y al retirarse el camarero añadí:

—Pero Sullivan, a no dudar, carecía de los medios necesarios para semejante negocio. Cuando se casó no tenía un centavo. Su mujer fue quien adelantó el dinero para establecer las dos librerías, que andando el tiempo tenían que servirle de tapadera. Y así se asoció con Andrew Dugan, un hombre con dinero suficiente, ambicioso y falto de escrúpulos. Y empezó el negocio.

—¿Crees que fue Andrew Dugan quien mató a Sullivan?

—Por lo menos lo hizo matar, igual que a la amante de Sullivan, la mujer que estaba enterada del negocio por cuanto era en su casa donde Sullivan planeaba sus asuntos y donde guardaba el dinero...

—Tú me hablaste de que a esa mujer la habían desnudado llevándose las ropas. ¿Tienes también una explicación para eso?

—Naturalmente. Se me ha ocurrido cuando me han obligado a desnudarme a mí. Se llevaron las ropas para registrarlas en busca de los sellos. Necesitaban tiempo para buscar incluso en las costuras, y allí no lo tenían, con el cadáver como muda amenaza.

—Con todo esto y un poco de fantasía adornándolo, te aseguro que voy a escribir el reportaje por el que mi jefe me aumentará el sueldo. ¿Vamos a hacer esa visita a Dugan?

—El tiempo de terminar con el *whisky* y nos largamos —dije, apurando mi vaso.

Terry preguntó:

—¿Por qué crees que riñeron entre ellos?

—Por la excesiva ambición de Sullivan seguramente. El traficaba también en ediciones raras y planeó una estafa de setenta mil dólares a un bibliófilo. Naturalmente, éste denunció el hecho y la policía salió tras las huellas de Sullivan. Eso asustó a sus compinches, ya que ponía en peligro su propio negocio, por lo cual decidieron deshacerse de su cómplice, pero apoderándose de los sellos que estaban en poder de éste y las planchas. Los sellos, para que no cayeran en manos de ningún extraño, ya que entonces todo el negocio se iría al diablo. Y las planchas para continuar explotando el filón.

—Todo encaja... —comentó el reportero, entusiasmado.

—Naturalmente. Estoy seguro que las planchas era lo que estaba escondido detrás del espejo del piso de Sullivan. Le golpearon para hacerle revelar ese escondrijo, y luego le remataron. Yo llegué precisamente cuando el asesino acababa de apoderarse de lo que buscaba y me sacudió a mí.

—Oye, ¿no sería el asesino uno de los tres que té capturaron?

—Apuesto a que es el que conducía el coche. Era tan robusto como el que me atizó a mí, y en ningún momento me dio la cara ni abrió la boca. Sólo pude verlo de espaldas. No quería que viera su cara por si le reconocía...

Nos levantamos. Dejé que esta vez fuera Terry quien corriera con el gasto, y acto seguido nos encaminamos hacia lo que podía ser un gran triunfo, o tal vez un estrepitoso fracaso.

El taxi nos dejó a cierta distancia de la casa donde vivía Andrew Dugan. Esperé a que el coche se alejara antes de hablar con Terry.

—Entraré solo —dije—, fingiendo que voy a venderle el sello. Tú esperarás exactamente quince minutos para llamar a la puerta. Si todo va bien, seré yo quien te abra. Si es un desconocido para ti el que aparece, ya puedes llamar al teniente y ojalá no tarde en llegar, porque seguramente estaré metido en un buen lío. ¿De acuerdo?

—No me gusta —gruñó—. Preferiría no meter al teniente en esto. Además, el reportaje ganaría mucho si fuese yo quien

interviniera directamente en el caso.

—Ya. Pero es mi pellejo el que está en juego, plumífero. ¿Lo has olvidado?

—No. Pero debes saber que voy armado, Max. Antes de venir a tu encuentro he ido a mi casa en busca de la artillería... Y te aseguro que sé cómo emplearla.

Vacílé. A mí tampoco me gustaba hacer intervenir a la policía en el asunto, antes de tenerlo resuelto.

Al fin dije:

—*Okay*. Lo haremos así. Si no aparezco yo, te las arreglas para sacarme cómo sea.

—No te preocupes. Si no eres tú quien me abre la puerta, dispararé primero y luego pediré permiso para entrar. Vamos allá.

Estreché su mano y me alejé en dirección a la casa. Terry desapareció en las sombras y, tras llamar al timbre, experimenté una extraña sensación de soledad.

Fue Dugan en persona quien acudió a abrir. Me miró con asombro y no atinó a moverse hasta que dije:

—¿Qué le pasa? Habíamos quedado que volvería, ¿no es así?

Entonces me dejó paso y trató de sonreír.

—Naturalmente, claro... pase... Debo confesarle que no creí que viniera usted...

Cerró la puerta y, tras estrechar mi mano, me guió al interior hasta una pieza amueblada como despacho.

—¿Lo ha traído? —preguntó anhelante.

—Sí.

Suspiró con alivio. Sus ojos relampaguearon interesados y pidió:

—Déjeme verlo.

Había llegado el momento, me dije.

—Quiero ver el dinero primero, míster Dugan.

—¿Cómo?

—Quiero que me enseñe los setenta mil dólares antes de sacar el sello. Ya le he advertido antes que no me gusta correr riesgos. Si usted tiene el dinero a mano, yo le entregaré el «Centavo Azul».

El color huyó de sus mejillas, pero al cabo de un instante de vacilación murmuró:

—Muy bien; no me gusta su manera de llevar este asunto, pero si lo quiere así...

Levantándose se acercó a la pared, donde apartó un cuadro tras el que aparecía la brillante puerta de una caja fuerte empotrada en el muro. Manipuló en la combinación, abrió la redonda puerta y metió la mano. Casi adivinaba lo que iba a seguir.

Y siguió.

Su mano surgió armada con una automática de pequeño calibre. No obstante, yo ya tenía mi revólver empuñado y Dugan se encontró ante el cañón del revólver. Entonces dije con calma:

—Bien, míster Dugan. ¿Quién dispara primero?

No despegó los labios. Su mano tembló ligeramente. Me convencí de que no era un hombre de acción, sino de éstos cuya fuerza reside en el cerebro.

—Suelte la pistola, Dugan —ordené sin elevar la voz—. Nunca podrá matarme antes de que yo haya apretado el gatillo.

Estaba indeciso, tratando de calcular las probabilidades que tenía de seguir viviendo si disparaba. Final mente, dejó caer la automática y anduvo pesadamente hacia la mesa.

—Siéntese ordené.

Lo hizo, dejándose caer en el sillón como si estuviera agotado.

—¿Cómo me ha relacionado con todo esto? —balbució.

—Por eliminación... y gracias a algunos errores suyos, Dugan. Uno de ellos, el prometerme el pago de setenta mil dólares y no salir de casa simulando ir al Banco a sacarlos. Los Bancos, aquí, cierran a las cinco. Yo estuve vigilando esta casa hasta las cinco y media y usted no apareció...

—Ya veo...

—Y ahora, bastardo, va usted a llamar a sus asesinos a sueldo. Quiero verlos reunidos aquí para completar el trabajo.

—No están en esta casa, Cameron...

—¿Quiere hacerme creer que usted me esperaba a mí y no tenía ninguno de ellos a mano?

—Yo no le esperaba. Sé todo lo que ha sucedido. Estaba seguro de que usted no vendría... Me he equivocado.

—Completamente. ¿Va usted a firmar una confesión, o tendré que llevarle a que le obliguen a escribir?

—¿Una confesión?

—Naturalmente.

—¿De qué piensa acusarme?

—Dos asesinatos. Agresión, robo... En fin, ya se me ocurrirá algo más sobre la marcha. A propósito, su esbirro dejó abandonada una maleta con ciento cincuenta mil pavos en casa de Nancy Silk.

Casi se levantó de un salto, pero la vista del revólver le obligó a estarse quieto. Insistí:

—¿Qué hay de esa confesión?

—No conseguirá probarme nada, Cameron. No tiene nada contra mí... Excepto el haber intentado comprar un sello que yo creía robado...

Me eché a reír, pero en mi fuero interno pensé que, en parte, tenía razón. Sería difícil conseguir pruebas de los crímenes y todo lo demás.

Decidí jugar al azar y solté en tono seguro:

—¿Olvida usted las planchas y los vestidos de la Silk?

Esta vez saltó en pie. Había dado en el blanco.

Cuando se sentó de nuevo, balbució:

—No... no tengo nada aquí... No podrá cargarme nada...

—Siga soñando. Y siéntese.

Aguardé en silencio. Terry no podía tardar en aparecer. Mientras, el tiempo serviría para destrozarle los nervios a Dugan.

Los minutos cayeron como gotas de mercurio, esparciéndose en pedazos y llevándose los restos de su dominio. Sudaba por todos los poros de su cuerpo.

Al fin estalló como yo había previsto.

—¡Diga algo, maldito sea! —gritó exasperado—. No esté aquí, contemplándome como a un bicho raro.

—Es usted un bicho raro de todos modos, Dugan —afirmé—. Un bicho que va a meterse en la cámara caliente...

Se estremeció y estuvo a punto de gritar. Pero cerró la boca y apretó los labios.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Vi el relámpago de alegría que saltaba de sus ojos. Seguramente pensaba en sus hombres...

Me encargué de quitarle toda esperanza:

—Esta llamada es para mí, Dugan... Vamos, andando y sin tratar de jugarme una trastada. Recuerde que mi revólver dispara proyectiles de verdad.

Le empujé hacia la puerta de entrada, manteniéndole siempre

bajo la amenaza de mi revólver. Cuando llegamos le ordené:

—Hágase a un lado... Así, no se mueva ahora.

Abrí la puerta y de un salto me eché a un lado. No quería correr riesgos inútiles.

Pero era Terry, que penetró empuñando una impresionante «*Parabellum*», seguramente recuerdo de la pasada guerra.

—¿Todo bien, Max? —preguntó.

—Todo bien. Vamos adentro.

Regresamos al despacho. Allí le ordené al reportero:

—Vigílalo bien, y no dudes en disparar si intenta alguna jugarreta.

Me acerqué a la caja fuerte, que había quedado sin cerrar. Registré el interior, y lo que encontré me hizo pegar un respingo.

—¡Las planchas! —exclamé entusiasmado.

Esto derrumbó definitivamente a Andrew Dugan, que se cubrió la cara con las manos. Estaba listo, y él lo sabía. Esta vez, su cerebro le había fallado.

Deposité las pesadas planchas sobre la mesa y las contemplé. Desde luego, representaban el trabajo de un genial artista del grabado. Miré después a Dugan y quise saber:

—¿Dónde están los vestidos de Nancy?

—Los mandé destruir...

No obstante, no me fié. Dedicué más de una hora al metódico registro de la casa. No encontré nada. Luego bajé al sótano... y allí la suerte dio otra de sus piruetas.

EPÍLOGO

Revueltos entre un montón de papeles y trapos destinados a la caldera del agua caliente, encontré un vestido rojo, con los dobladillos rotos, deshilachados de cualquier manera. En la pechera del vestido aparecía un limpio agujero y sangre seca y negruzca lo rodeaba. También hallé las prendas interiores...

Tenía entre manos la sentencia de muerte de Andrew Dugan.

Regresé al despacho sin haber tocado las ropas. Allí miré al criminal y dije, zumbón:

—¿A quién le encargó que destruyera los vestidos de Nancy?

—A uno de los muchachos...

Había tal seguridad en su voz que comprendí que decía la verdad.

Me alegró poder arrebatarme esa esperanza también:

—Pues por lo visto dejó el trabajo para otro día, amigo. Los vestidos están abajo, entre un montón de desperdicios destinados a la caldera...

—¡No! —chilló, levantándose de un salto.

Tranquilamente, Terry le golpeó con su enorme automática. El filatélico cayó sentado, con una mirada extraviada en sus ojos desorbitados.

—Voy a amarrarlo al sillón, Terry —le anuncié—. Hecho esto, llamarás a Toole y le esperarás aquí. Le contarás toda la historia, tal como la conoces, y aquí tendrás a ese bastardo para apoyarla...

—¿Es que vas a largarte ahora?

—Sí. Tengo algo muy importante que hacer esta noche. Además, no quiero ver al teniente por lo menos hasta mañana, cuando se haya calmado algo su rabieta.

—Pero tú has resuelto el caso. Puedes obligarle a...

—Prefiero que se lo cuentes tú. Déjame en buen lugar en tu reportaje, Terry. La publicidad es la base de todo negocio.

Terminé de amarrar a Dugan con unas cuerdas que había subido del sótano. Terry, con su gran automática en la mano, me cerró el paso.

—Eso va a representar un gran triunfo para mí, Max —dijo—. Ningún otro periódico tendrá una palabra hasta que el mío esté en la calle... y te lo deberé a ti...

—No seas idiota. Eso se llama colaboración. Págame con la publicidad y amansando al teniente.

—Seguro que lo hará, ya lo verás. Y ahora, ¿puedes decirme dónde podré encontrarte luego?

—No. Estaré con una dama y no quiero que me estorben en toda la noche.

—Ya veo... Dorothy...

—Ajá. Pero no en su casa...

Di una última mirada al abatido Dugan. Le sonreí burlonamente y le dije, mientras me dirigía a la salida:

—Le mandaré algunos sellos mientras esté en capilla, Dugan. En algo tendrá que distraerse.

Y me largué. Cuando llegara el teniente quería estar muy lejos de allí.

Sabía que Dorothy me esperaba. Y mientras me dirigía a su encuentro recordaba sus labios cuando sonreían, con aquella promesa incitadora... y traté de imaginar cómo serían sus besos, y cuánto ardor contendrían sus caricias... Me estremecí sólo de pensarlo.

Cuando la tuve en los brazos, más tarde, comprendí que me había quedado corto en mis sueños. Era mucho más de cuanto pude haber imaginado...

FIN

ESTAN BAJO UNA LOSA

por Clark Carrados

—En efecto. Pero no es necesario que venga usted. Indíqueme el camino solamente...

—No hay luz en el túnel. Yo tendré que alumbrarle —contesta, enseñándome una pequeña linterna que lleva en uno de los amplios bolsillos de su falda campestre.

—Muy bien. Vamos.

Se acerca a la chimenea, situándose en el centro, frente al escudo de armas de la familia. Con la mano derecha, oprime la tercera flor de lis y con la izquierda presiona sobre el centro de la cruz de los Caballeros Teutónicos.

Casi inmediatamente suena un seco chasquido. La masa entera gira suavemente sobre unos goznes bien engrasados.

Marianne se echa a un lado, mientras yo espero que la chimenea termine su movimiento de giro. Entonces, ella enciende su linterna y alumbra el interior del pasadizo.

Un escalofrío de horror nos sacude a ambos al mismo tiempo.

¡El cadáver de François ha desaparecido!

«Yo supe que había estado allí. Yo supe que mis ojos habían visto en otro lejano tiempo aquel claustro donde parecía aguardar la muerte...»

Tales son las palabras del protagonista de

ESTAN BAJO UNA LOSA

*¡inolvidable novela de CLARK CARRADOS
que aparecerá en el próximo número!*



Carlson 11

Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

eso
tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

